

DAT

CIOP

2





1080014593



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

Tomada según 25
EL CRISTIANISMO

VICTORIOSO, 8

Y

TRIUNFO DE LA AMISTAD.

Escrito para los niños y personas que carecen de los conocimientos de los principios fundamentales de la religion cristiana,

POR EL P. D. RAFAEL ABOGADO
Presbítero del Oratorio de S. Felipe Neri de México.

CON LAS LICENCIAS
DEL ORDINARIO Y DE LA CONGREGACION.

Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés.
Año de 1823.

Biblioteca Valverde y Tellez

BR 121

A2

Dómine, si error est, quem credimus, á te decepti sumus: quoniam iis signis praedicta est religio, quae non nisi á te esse potuerunt.

Señor, si pudiera ser falsa nuestra fe, tú serias la causa de nuestro engaño: pues nos has obligado á creer lo que creemos con las pruebas invencibles que tú nos has presentado.

Ricardo de San Victor.

RICARDO

R-63

RICARDO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
CAPITA AUTÓNOMA DE LEÓN
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DEDICATORIA

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR
MARQUÉS DE CASTAÑIZA,
OBISPO DE DURANGO.



ILUSTRÍSIMO SEÑOR.

Esta pequeña obra, que tiene por objeto evitar los descarríos de las ovejas de la grey de Jesucristo, y reducir á ellas las que se hayan extraviado, ¿á quién mas propiamente debe dedicarse que á uno de los pas-

88 004072

tores de este rebaño? Por tanto, V. S.
Illmá. acepte con benignidad el ob-
sequio reverente del que por títulos
justos y antiguos le es tan afecto,
y se reconoce con la mas alta consi-
deracion por el menor de sus servi-
dores, y capellan obediente

Rafael Abogado.

Rafe



DIRECTORIO
VALLEJO TELLEZ

132889

PRÓLOGO.

Solo el Profeta Jeremías con su pluma empapada en lágrimas amargas, y prorrumpiendo en sollozos y gemidos, podrá hacer una pintura espresiva de las desgracias de que nosotros somos tristes testigos. Ya no solo vemos aumentados con un exceso imponderable los vicios y los escándalos que han nacido en todos los siglos; sino que estamos palpando la apostasia que nos anunció S. Pablo. Parece que toda carne ha corrompido sus caminos, y que todo espíritu pretende enarbolar el estandarte de la iniquidad, y aun de la irreligion. En los dias desventurados en que vivimos, ¿qué no se escribe? ¿qué no se dice con el fin de extinguir la luz divina de nuestra fe? No se habla de la religion sino para combatirla, de Dios para ultrajarlo, y de sus ministros para burlarse de ellos, y hacerlos despreciables y aborrecibles, con el intento de derribar el templo y el altar. Acerquémonos si no á las tertulias y concurrencias, y hallaremos, libertinos que se jactan

de menospreciar la Iglesia y sus leyes, y que continuamente usan de sátiras contra la doctrina de Jesucristo, y contra su persona divina; pero el corazón pervertido es preciso que es hale su corrupción. Infinitos son los horrores que ha producido este manantial venenoso luego que se ha sacudido el yugo de la religión.

Se ve con sumo dolor, que la elocuencia y la poesía sirven de adorno á las obscenidades mas abominables, y los errores mas escandalosos. Se ven correr de mano en mano libros extraordinariamente impíos, en que sus autores, que en otro tiempo hicieron profesion del cristianismo, vierten contra nuestro Redentor santísimo tales calumnias, y tales blasfemias, que ni los hereges mas sacrilegos, ni los gentiles mas obstinados, ni los judíos, acérrimos enemigos de Jesucristo, se atrevieron á profetir. Tratan los misterios divinos como fabulas y delirios, y desprecian como supersticion el culto que se da á la Magestad inmensa y adorable de Dios. Unos dudan, y aun niegan la existencia de la divinidad; y otros que la admiten, se fingan un Dios ocioso, insensible, é indiferente so-

bre las operaciones de los hombres, que ni premia la virtud, ni castiga el vicio, y asientan que virtud y vicio no se distinguen sino en el nombre.

De aquí resulta, que como el corazón del hombre vicioso apetece todo aquello que lisonjea su concupiscencia, y favorece su inclinacion de quererse librar de la ley evangélica, que se opone á los apetitos desarreglados, muchos solicitan con ansia esos libros, que conceden libertad para los vicios: contribuyendo á esto una curiosidad immoderada, el espíritu de la novedad, el empeño de conformarse con la moda de nuestros tiempos, y el anhelo de adquirir el renombre de erúditos y de ilustrados. Así es, que hombres sumergidos en el abismo de la ignorancia, y mugercillas que no saben ni aun manejar la aguja, sin entender lo que son cánones, ni disciplina de la Iglesia, y sin mas estudio que cuatro declaraciones de la doctrina cristiana, muy mal aprendidas en sus primeros años, levantando la voz sentencian en tono magistral, que la razon y las luces de nuestro siglo exigen imperiosamente la re-

forma en todo esto, y que deben limitarse las facultades de los Obispos y del Pontífice romano: y con hipocresía de querer instruirse en las obligaciones cristianas, proponen maliciosamente dudas contra la fe, y muchas veces á presencia de personas igualmente ignorantes, con el estilo de un oráculo deciden sobre cuestiones muy difíciles de la teología, y terminan sus malos discursos calificando los dogmas de la religion de fanatismo, de preocupaciones, y de supersticion.

Los que vivan en los tiempos venideros escucharán y leerán con rubor y con indignacion nuestros delirios, y dirán justamente: la ignorancia, que en todos los siglos fué el freno mas eficaz para callar, en el siglo que se llamó de las luces fué el estímulo mas poderoso para hablar y decidir sobre todas materias, especialmente las que piden mas sabiduria: con lo que se dilató el imperio de la irreligion, de las blasfemias, de los desórdenes y de los vicios. Este fué el resultado forzoso de la soberbia y del charlatanismo.

Se observa, que muchas personas, particularmente jóvenes, leen sin escrúpulo al-

guno los libros y papeles de la falsa filosofia, y enamoradas de su elocuencia, de sus chistes, de sus bufonadas, y de sus pasages pintorescos, se aficionan á ellos; ven discursos formados con artificio, con astucia y con malicia, y como carecen de los conocimientos de los principios fundamentales de la religion cristiana, su entendimiento, sintiéndose inclinado con el peso de razones aparentemente verdaderas, comienzan por admiracion, pasan á las dudas, y vienen por último á sumergirse en el abismo del error, hasta desettar de las banderas del cristianismo.

Es una desgracia digna de lamentarse amargamente, que en un negocio de tanta importancia, y cuyas consecuencias son eternas, se proceda con tanta imprudencia. Debían primero imponerse en las razones que tiene á su favor la religion, y despues sentir con conocimiento de causa.

Finalmente, conociendo yo, que para algunas personas podia servir de pretesto, y para otras de impedimento para no leer las muchas y excelentes apologías, que se han escrito de la religion cristiana, que unos

de estos libros están en los idiomas latino, y extranjeros, otros son voluminosos, y otros son de mucho costo para la gente pobre, por lo que deseaba ansiosamente que se escribiese alguna obrita en nuestro idioma vulgar, y de poco precio. Pero como de todas las defensas de la religion, que han llegado á mis manos, y de que he tenido noticia, ninguna es conforme á mis deseos, resolví (á pesar de mi suma ignorancia) trabajar este pequeño escrito, arrojándome en los brazos de la Providencia, para que me comunicáse las luces necesarias. He procurado por lo mismo compendiar en cuanto me ha sido posible, los fundamentos que los teólogos llaman motivos de credibilidad, y proponer, y desvanecer algunas de las principales objeciones y argumentos, que oponen los enemigos del cristianismo.

Por tanto, hermanos míos muy amados, recibid benignamente el obsequio que os presenta no el entendimiento, sino la buena voluntad de un hombre que dará su trabajo por sobradamente compensado, con la reduccion de algun infeliz que se haya extraviado del camino de la verdad, ó con que se evite el extravio de alguno que hubiese de descaminarse.

CONVERSACION PRIMERA.

Felix. Amado Victor, he venido volando en alas de la amistad y del amor, para estrecharte entre mis brazos despues de una ausencia tan larga.

Victor. Felix queridísimo, no esperaba yo menos del afecto que siempre me has profesado. ¿Vienes sin novedad? Dame pronto razon de los acontecimientos de tu viaje, que estoy impaciente por saberlos.

Fel. Si tú hubieras cedido á mis instancias, habrias sido testigo y participe de ellos, y ahora me escusarias el trabajo de referirtelos; pero te encaprichaste en no querer acompañarme.

Vic. Confieso que ni tus persuasiones, ni tus ruegos fueron bastantes á separarme de aqui: porque cautivo en el imperio de

los deleites, estaba yo fuertemente atado con las cadenas de una pasión, que me tenía sin movimiento y sin juicio. Yo creía hallar la felicidad en el centro mismo de la desgracia; pero una providencia admirable me convirtió el veneno en antidoto: del fondo de mis tinieblas salió una luz, con que me iluminó, y obligó á la pasión que me esclavizaba á que me condujese como por la mano hasta las puertas de una libertad dichosa. ¡Ah días de pascua de Resurrección, en que la Iglesia celebra con las demostraciones más justas de alegría la victoria que el hombre Dios alcanzó sobre la muerte, sobre el pecado, y sobre el infierno, quedareis grabados en mi memoria con caracteres indelebles y eternos. Sí, Felix, en estos días memorables terminó la noche tenebrosa de mis desgracias, y comenzó á rayar la aurora de la mañana de mi felicidad. Porque.....

Fel. Suspéndete: es preciso interrumpirte. ¿Qué extraña novedad es esta? Te compadezco al verte acometido de un frenesí furioso, que te ha trastornado el juicio.

Vic. Cuando tú me conociste era yo el

mayor loco é insensato; pero ahora estoy perfectamente cuerdo.

Fel. Ser demente y creerse cuerdo, es locura doble é incurable. O seguramente no eres tú aquel Victor que yo conocí, que con su carácter festivo y desembarazado era el alma de las tertulias, de los banquetes y de los saraos: que desde el trono de la alegría dictaba las leyes de los placeres, y que por su despreocupación en materias religiosas era estimado de todos. Pero en tí veo (permíteme que te lo diga) rasgos muy notables de melancolía y de fanatismo, que hacen á un hombre insociable.

Vic. Has dicho una verdad, que ya no soy yo el antiguo Victor; pero si tú me escucháras con serenidad, verías cuanta razón tengo para ser otro.

Fel. Pues yo sí soy tu mismo amigo Felix, y así para complacerte te oiré la causa de tu mudanza.

Vic. Consultaré á la brevedad para no serte molesto. Ha tres años, que en el primer día de la pascua de Resurrección concurrí en una visita en que un hombre car-

4
gado de años manifestó sinceramente su complacencia por un sermón elocuente, enérgico y lleno de unción que había oído predicar acerca de la festividad del día. Yo entonces, con el genio propio de un incrédulo, empecé á criticar los sermones, á hablar con desprecio de los eclesiásticos, y luego pasé á proponer maliciosamente dudas contra el misterio de la Resurrección. El sugeto que había elogiado el sermón, procuró con moderación y urbanidad satisfacer á mis dudas. Yo en tono de desprecio manifesté compasión por su candor y su credulidad en materias de religión.

De esto se picó una niña que estaba presente, cuya edad sería de quince á diez y seis años, de carácter vivo y penetrante; y tomando la palabra con vénia del anciano, hizo una defensa breve y vigorosa de este misterio. Empeñado yo en la lucha al verme acometido tan valerosamente por una que creía mugercilla ignorante, locuaz, y temeraria, quise imponerle silencio, dejándola llena de confusión, y para el efecto propuse un argumento, que me pareció el mas poderoso contra la resurrección

5
ción de Jesucristo. Pero he aquí, que cuando yo esperaba ver á todos sorprendidos, sintiendo solamente cantar el triunfo sobre un enemigo que me parecia tan despreciable, yo quedé enteramente sorprendido: porque la niña me contestó tan facil y enérgicamente, que no hallé razones con que sostenerme. Notaron todos mi sorpresa, y al momento resonó en la concurrencia la voz del aplauso. Me es imposible significarte cuanto fué mi bochorno, y las furias que me devoraban. Pero aparentando serenidad, y cuan poco aprecio me merecia su contestacion, le respondí: niña, ningún honor me puede producir el convencer y confundir á un enemigo tan flaco. Todos conocerán, que V. por su sexo y por su edad, debe entender solamente de almohadilla, y de cocina. Para que yo consiguiera alguna gloria, quisiera que estuviera presente y tomara defensa de la causa de V. el clérigo, ó fraile fanático con quien se confiesa, y que la tiene tan infatuada.

Eutonces uno de los concurrentes me dijo: el confesor de esta niña, como docto y prudente, le ha aconsejado la lectura de

libros piadosos, especialmente los que se han escrito en defensa de la religion, para que le sirvan de preservativo contra el veneno mortifero de la incredulidad y falsa filosofia de que abundan esa multitud de folletos, y de papeles pestilenciales que circulan por todas partes, y que solicitan y leen ansiosamente personas que desprecian las prohibiciones de la Iglesia, y se tragan serenamente las excomuniones mas terribles. A la práctica de estos consejos del confesor, ha cooperado la solicitud y el esmero del padre de esta niña, en todo lo conducente á una educacion verdaderamente cristiana. No es de los padres de moda, que tanto descuidan de esta obligacion importantisima; y ántes bien con sus costumbres depravadas corrompen el corazon inocente de sus hijos, y que se empeñan solamente en que sepan bailar, vestirse al estilo del dia, y usar de artificios y de monerías para presentarse en las tertulias, en los paseos y espectáculos públicos, á fin de parecer bien, y llevarse la atencion de otros insensatos y locos como ellos; y no faltan algunos padres crueles que

ponen en las manos de sus hijos novelas obscenas y ponzoñosas, y esos libros impios, con el pretesto de ilustracion y de civilizacion. Finalmente, Señor mio, la niña ha llevado la palma del triunfo, y la falta de razones en V. para rebatirla, la ha suplido con espresiones gróseras y arrogantes. Yo no puedo permitir que á mi casa vengan los profesores de la filosofia del nuevo cuño, y así tenga V. la bondad de tomar la puerta.

Amigo, no hallo palabras con que esplicarte el sonrojo y la exasperacion con que salí de aquella casa, y con que pasé lo restante de aquel dia, cuyas horas se me hacian eternas; porque deseaba vivamente que llegara la noche para encontrar consuelo en la visita de una niña que estaba próxima á desposarse conmigo. Ella era virtuosa, y adornada de unas circunstancias que la hacian digna de mejor suerte. Pero si hasta entre los cristianos hay tantos que aspiran al matrimonio por fines muy opuestos á la santidad de este sacramento, que consultan solamente con su pasion, y no con Dios, sin cuya bendicion no pue-

den cumplir las obligaciones estrechas de este estado, ni ser felices en él. ¿Qué fines rectos se propondría un hombre como yo, que se burlaba de Dios, de sus sacramentos, y su religion, teniendo todo esto por una invencion humana, y una fábula?

Fui en efecto á la visita, y entrando en la casa saludé espresivamente: pero ¡cuanta fué mi sorpresa al ver á la niña sumergida en el silencio, y que en su semblante se estaba retratando la indisplicencia y la indignacion! Su padre me contestó con sequedad, y á continuacion me dijo: Señor mio, es incomprendible como los incrédulos tengan la insolencia de insultar á los cristianos con el nombre de hipócritas, siendo así que ellos cubren sus engaños con la máscara de la hipocresía; y si nó, pregunte V. á su misma conciencia, y verá lo que le responde.

Yo le dije: pues qué, Señor, ¿yo soy incrédulo y uso de engaños? Sí Señor, me contestó la niña: en la casa en que V. concurrió hoy, con escándalo de los circunstantes ha impugnado V. la religion, y ha blasfemado sacrílegamente. Con apariencias de

religion habia V. conseguido inclinar mi voluntad, y la de mi padre, á que nos enlazásemos con un matrimonio honesto; pero ahora estoy resuelta á entregarme primero en las garras de un tigre devorador, que dar á V. mi mano. Entonces añadió su padre: en efecto, es menor mal, porque es imponderablemente mas preciosa la vida del alma, que la del cuerpo. A V. le es mas conveniente desposarse con una dama de su opinion, pues no faltan algunas, que se hayan hecho filósofas incrédulas por entrar en moda. Y así desde este momento se acaba para siempre nuestra amistad.

¡Ay Felix! el bochorno, el furor y la desesperacion se apoderaron de mí, al ver en un mismo día mi soberbia y mi orgullo humillados por una muger de pocos años, en una disputa en que creía yo salir triunfador glorioso, y al ver que mis esperanzas de conseguir la mano de la niña quedaron desvanecidas como el humo con un uracan: y tanto mas me contrastaba esta pérdida, quanto la passion y el interes eran los móviles de esta pretension. Para abreviar, yo volvía los ojos á todas

partes, y en todo el universo no hallaba un indicio de consuelo; y solo creí encontrarlo en el medio que persuade esa filosofía bárbara é inhumana, de darse el hombre la muerte á sí mismo, cuando la vida se le hace enfadosa y pesada.

En efecto, entrando en casa, y agitado de furias infernales, me resolví á ser victima infeliz de mi adversidad y de mi desesperacion, y con un puñal me herí el pecho, deseando que por aquella puerta huiera una vida que me era ya insoportable; pero un Dios de misericordia, ese mismo de quien tantas veces me he burlado, triunfando de mi obstinacion, quiso todavia conservarme, para que mi alma perversa no bajára dentro de pocos momentos á los calabozos eternos. Las angustias, mensageras de la muerte, me hicieron prorumpir en algunas voces lastimeras: ocurrió el único criado que me servía y acompañaba, y al verme en la situacion deplorable en que estaba, convocó á los vecinos: éstos, compadecidos de mi desgracia y de mi necesidad, me proporcionaron los auxilios del cuerpo para mi pronta curacion; y con prefe-

rencia cuidaron del bien de mi alma, trayéndome un sacerdote que pasaba no lejos de mi casa. Despues de instruido de mi atentado, se acercó á mí, y con palabras llenas de dulzura procuraba consolarme, franqueándome los tesoros de la sangre y méritos de Jesucristo. Yo entonces, con semblante en que se dejaba ver la rabia que me devoraba, le dije: Padre, el mayor consuelo que V. me puede dar, es separarse de aquí: porque aborrezco entrañablemente á todo sacerdote, y veo con el desprecio que es debido todas esas ilusiones con que la Iglesia se empeña en engañar á los hombres, especialmente en las últimas horas de la vida: yo hasta la muerte mantendré el caracter de fortaleza propio de un filósofo despreocupado, que se burla de las invenciones del cristianismo. El sacerdote conmovido, y animado del zelo que es efecto de la caridad, me dijo: Señor, aunque el hombre haya tenido la desgracia de apartarse del camino de la verdad y de la virtud, sería suma demencia llevar la rebeldía y la obstinacion hasta el sepulcro. De las mismas sombras de la muerte ha

nacido una luz brillante con que se han iluminado muchos entendimientos tenebrosos; y esta luz, como la del fuego junto á la cera, ha tenido eficacia para ablandar los corazones empedernidos. V. nada perderá con volver al seno de la religion, y acogerse en la borrasca peligrosa de la muerte al puerto de la misericordia del Redentor. No será el primero que habiendo desertado de las banderas de la fe, se haya vuelto á alistarse bajo de ellas en este terrible trance. La muerte es la mejor escuela de la sabiduría y de la prudencia: en ella se aprenden lecciones muy interesantes; se forma de las cosas un juicio muy diverso del que se ha formado en el teatro de la vida, se corre el velo negro y denso que ocultaba al entendimiento las verdades de mas importancia, y se hacen en fin resoluciones para que habia faltado valor en el tiempo de la salud, en el que solas las pasiones y los caprichos imperaban despóticamente. Padre, le contesté: V. se ha empeñado en aligerarme los pocos momentos que me restan, con reflexiones fanáticas que me trastornan. Yo estoy resuelto á termi-

nar mi vida en los brazos de la desesperacion. Entonces, arrebatado el padre de un zelo santo me dijo: Señor, las circunstancias críticas en que V. se halla, no permitan que entremos en una disputa, en la que convenceria á V. de las verdades de que le hablo: vuelva V. sobre sí, téngase compasion, y advierta que se trata del negocio de su alma, que ya está próxima á sumergirse en el abismo insondable de la eternidad, donde lamentará con lágrimas irremediables los estravios á que lo ha conducido la falsa filosofia.

Estas palabras hirieron mi corazón con la vehemencia de un rayo: yo quedé como aletargado: y allá en mi interior me pareció que oía una voz que me decia: ahora que tu cuerpo está lánguido y abatido, sientes en tu alma un vigor y una viveza como nunca; esta es prueba de que es inmortal, y los esfuerzos que hace para no separarse del cuerpo, son efectos del temor del infierno que la espera, cuyas penas ya ha comenzado á sentir en esas amarguras y en esos remordimientos que tan cruelmente la atormentan. En esto prorumpí

pí involuntariamente estas palabras: Padre, ya es tarde. ¿Cómo hacer en este trance una buena confesion de tantos crímenes y maldades que forman el tejido de mi licenciosa vida? ¿Cómo hallar sin el prévio y necesario examen el hilo de mi conciencia tan enmarañada? Me he perdido para siempre. Hijo mio, me respondió el padre enternecido: aun es tiempo oportuno. En todo momento están abiertas las puertas de la misericordia divina para recibir al pecador: si ahora no puede hacer una completa enumeracion de sus culpas, Dios se contenta con que arrepentido ocurra á su clemencia, y como un hijo, que conoce la bondad de su padre, se arroje confiado á sus pies, hablándole con el idioma de las lágrimas y el dolor. Pero ¿cómo, le dije, hallaré clemencia en un Dios justiciero cuyo nombre he blasfemado, y de cuyo culto he procurado apartar á otros, especialmente al desventurado jóven Felix, que incautamente dió crédito á mis discursos seductores? Hijo mio amadisimo, añadió el padre, la misericordia del Señor es infinita, y la sangre de Jesucristo tiene virtud

y eficacia para borrar y lavar todos los pecados del mundo, y de mil mundos que hubiera llenos de crímenes los mas horrendos. Yo le aseguro con toda certeza, que una confesion, acompañada de un arrepentimiento verdadero, romperá las cadenas de las culpas, y su alma volará de las tinieblas de la muerte, á los resplandores de la vida eterna; y en fin, me dijo palabras tan enérgicas, que me inspiraban consuelo y confianza. A todo esto añadía yo esta reflexion: si mi alma es mortal, entrará en el abismo de la nada, pero si es inmortal entrará en el abismo de los tormentos sempiternos por mi incredulidad y mi obstinacion. Pues la prudencia dicta que yo abrace el partido mas seguro, que es volver al cristianismo, detestar mis errores, y confesar mis iniquidades á este sacerdote caritativo, que es el ángel de reconciliacion que me ha enviado el Dios misericordioso. Entonces, no pudiendo resistir mas mi corazon, me entregué enteramente á la direccion del padre, hice la protesta de la fe, y confesé por mayor, y como en globo, como lo exigia mi peligroso estado, mis iniquidades, con lágrimas

amargas de penitencia, que me fueron mas dulces que todos los placeres y las delicias de mi vida criminal; y luego que fui absuelto, senti que se derramaba sobre mi espíritu el bálamo de la consolacion, que me produjo una paz y una quietud que jamas podré explicar. Besé humildemente, y humedecí con mi llanto la mano de aquel padre y bienhechor mio, y le dí las gracias mas expresivas por la caridad que habia usado conmigo. Él me dijo: dadlas, hijo mio, á Jesucristo: yo no he sido mas que el instrumento de sus misericordias, y su Magestad ha sido el autor de esta obra grandiosa, que tendria en espectacion á los ángeles del cielo, que ya estarán celebrando esta conversion, conforme á lo que nos ha enseñado nuestro Salvador. Finalmente, el padre se despidió amorosamente de mí.

En los demas dias de mi difícil curacion me estuvo visitando, y socorriendo espiritual y corporalmente, porque mis vicios me habian reducido á la última miseria: y cuando me vió restablecido, procuró con discursos sólidos y eficaces calmar mis inquietudes, y convencerme plenamente de

la verdad de la religion cristiana, dándome tambien algunos libros de los muchos que se han escrito en su defensa. Esta es, Felix, en compendio la historia de la desgracia eterna á que me iba á arrastrar esa filosofia falsa, licenciosa, y enemiga capital de sus secuaces, y esta ha sido la causa de mi mudanza venturosa. Ojalá que así como mis malos consejos y mis peores ejemplos te apartaron de las sendas de la religion y de la virtud, el ejemplar que ahora ves en mí te conduzca á una conversion feliz. Postrado á tus pies, te ruego encarecidamente me concedas este único bien que espero en la tierra, para terminar la carrera de mis dias en los brazos de la paz y del consuelo. ¿Qué me respondes, Felix amado?

Fel. Parate, y toma asiento, Victor, que este es negocio que pide mas tiempo para tratarse. Si tú te has mudado por los discursos de un clérigo fanático, y por la lectura de unos libros despreciables, escritos por hombres ignorantes y preocupados: yo no me he de mudar, porque estoy bien convencido de la falsedad del cristianismo, por principios luminosos, que han asentado

en sus escritos hombres despreocupados, de grandes talentos, y de una sabiduría y erudición verdaderamente admirables.

Vic. Es preciso hablarte con la franqueza que me caracteriza. El Dios vengador, por ocultos juicios de su incomprendible sabiduría, y en castigo de los enormísimos delitos á que sin rubor ni vergüenza se habian entregado, permitió se pusiese un velo denso sobre los ojos de ciertos hombres pervertidos, negándoles por otra parte, y may justamente, la luz brillante y hermosa con que hubieran podido creer sin vacilacion ni duda los misterios de la fe. Ellos, palpando solo tinieblas, cayeron en el abismo de mil delirios y errores. Tales son Hobbes, Espinosa, Toland, y Bayle: á estos han seguido Collins, Voolston, Voltaire, D' Alambert, Diderot, y otros muchos, que euarbolaron el estandarte de la apostasia y de la impiedad. Algunos de estos, levantando su frente osada, han dicho con voz sacrilega: *no hay Dios*. Los otros, creyendo obrar con mas prudencia, admiten la existencia del Ser Supremo; pero se fingen un Dios ocioso, indiferente, é insensible, que no

cuida del gobierno del universo, que no premia la virtud, ni castiga el vicio. Unos y otros se han empeñado en negar la religion manifestada por Dios á los hombres, declarando al cristianismo la guerra mas sangrienta con la bateria de sofismas, falsedades, calumnias, sátiras, sarcasmos, é improperios, adornados con las flores de la elocuencia, y sazonados con la sal de chistes, bufonadas y chocarrerias, en lugar de fundamentos y razones sólidas. *B X*

Llaman á los tiempos que han precedido á su existencia, siglos de las tinieblas y de la barbarie: y á nuestros mayores y antepasados los desprecian como á ignorantes é idiotas: y solo les merecen consideracion los que dieron los primeros pasos en el camino de la irreligion y del libertinage. Ellos descaradamente se apropian el recomendable nombre de filósofos, y se jactan de ser los maestros y los ilustradores de todos los hombres. No todos ellos tuvieron esos talentos tan sublimes, ni esa ciencia tan ponderada. Algunos no escribieron cosas útiles; sino positivamente perniciosas, y otros, aunque di-

jeron cosas muy buenas sobre política, legislación, y otras materias, tuvieron un estudio superficial en asuntos de religion. De aquí es, que con la arrogancia y la desvergüenza que le es característica, reputan por una turba de necios y de mentecatos á los profetas, á los apóstoles, á los santos padres, á los doctores, á los teólogos, y á todos los escritores de la Iglesia, que ya inspirados por Dios, y ya versados toda su vida en toda clase de ciencias, especialmente la sagrada y divina, con sus homilias y con sus escritos confundieron y convencieron á los que con crédito de sabios impugnan la religion verdadera, y fueron y serán por todos los siglos (aunque pese á los impíos) el objeto de la admiración, del aplauso, y de la veneración de todos los pueblos, y de todas las gentes amantes del mérito y de la verdad.

Fel. Victor: es enteramente increíble que unos hombres sabios, que han tomado empeño en impugnar la religion, hicieran de ella un estudio superficial; pues tanto el deseo del acierto en su empresa, como tambien su propio honor, los obligaban á da-

quirir una instruccion competente para chocar con tantos enemigos, cuantos habian de ser los defensores de la religion.

Vic. Bien sabes que en todos los tiempos y en todas materias se han producido grandes disparates y errores, sin que á sus autores los hayan contenido los motivos del acierto y del honor, y regularmente los errores han sido partos de talentos nada vulgares. El desprecio con que muchos ven el asunto que reprueban, les impide instruirse de el con esmero: y la soberbia, que tanto domina el corazon humano, el deseo del aplauso y de la gloria en producir cosas nuevas y esquisitas, el interés, el odio, y otras pasiones bajas y viles, han inspirado á los hombres innumerables extravagancias, arrastrándolos de uno en otro precipicio: con lo que hemos visto producciones de sabios que se avergonzarian de reconocerlas por suyas aun los mas ignorantes. Abramos los libros de los incrédulos, y veremos por lo que hablan de la religion, que no se han dedicado seriamente á imponerse en sus fundamentos. No pudiendo destruirla en su esencia, ni en su fondo, trun-

can los textos de los libros divinos, interpretan el sentido de estos á su antojo, desfiguran los hechos que refieren, y faltando á las reglas de una crítica juiciosa, les niegan la autoridad. Porque los misterios de la fe están mas allá de la esfera de nuestros alcances, dicen que son contrarios á la razon: como si fuera lo mismo ser una cosa incomprendible, que falsa. Manejan la espada de la mentira y de la calumnia; usan frecuentemente de declamaciones, de admiracion, de desprecios, y de insultos contra los cristianos, contra los sacerdotes, contra la religion, y contra el mismo Dios. Muchas de las objeciones y argumentos que hacen contra la religion, son unos sofismas agenos de hombres que se jactan de filósofos, y sus escritos están llenos de contradicciones. Todo esto prueba, que no tienen la instruccion suficiente para impugnar el plan magnifico del cristianismo, ni su sistema divino y admirable, y que sus discursos son dictados por una mala fe, y una malicia refinada.

Fel. Mucho puede una preocupacion. El odio que manifestas tener á estos filósofos,

te hace incurrir en el crimen de la calumnia, que tú quieres imputarles, hasta llegar á negarles los conocimientos de la lógica, que son los primeros rudimentos de filosofía, diciendo, que en sus discursos usan de sofismas y de contradicciones: lo que ciertamente es un defecto muy intolerable contra las reglas de un buen raciocinio.

Vic. Voy á manifestarte muchas contradicciones en que incurren estos filósofos. Todos ellos conspiran á aniquilar la religion, por consiguiente deben convenir en unos mismos principios; pero sucede todo lo contrario: unos á otros se oponen diametralmente, de modo, que lo que unos afirman, otros niegan, y lo que unos edifican, los otros destruyen. Los ateistas niegan la existencia de Dios: los deístas la afirman; pero niegan la providencia: los naturalistas defienden uno y otro; pero no admiten en Dios, sino solo aquello que su capacidad limitada puede comprender. Unos niegan la libertad al alma humana, diciendo que es lo mismo que la de los brutos: otros le conceden la libertad y la espiritualidad: unos dicen que

es inmortal: otros que parece juntamente con el cuerpo: unos dicen, que el mundo es eterno: otros que tuvo principio: entre estos, los unos defienden que fué criado por Dios, y otros que fué formado por el concurso casual de los átomos: unos finalmente aseguran, que la religion es útil y necesaria para los reinos, y otros, que es nociva y ruinosa.

Pero son contrarios, no solamente los unos á los otros, sino á sí mismos. El libro del espíritu, escrito por Helbecio, está lleno de contradicciones, aun en los capítulos mas principales. Pedro Bayle, habiendo tomado la defensa de los enemigos de la religion, defiende é impugna una misma cosa, y su sistema es un laberinto tan intrincado de ideas que se destruyen mutuamente, que mas bien es un pirronismo universal. Para abreviar, el mas acreditado de los filósofos impíos es Juan Jacobo Rousseau, que dotado de un buen talento, de viveza de ingenio, y de una elocuencia admirable, si como tomó la pluma al revés, la hubiera tomado al derecho, habría sido mas útil á sus semejantes; pero

su orgullo é inconstancia, y su odio rabioso contra la religion, lo hizo pasar de herege calvinista á sociniano, y despues se constituyó defensor acérrimo del deísmo: pues este hombre tan celebrado por los incredulos, en sus escritos contra el cristianismo, incurre en contradicciones notables.

Fel. Ahora mas que nunca me he convencido del extremo horroroso á que conduce una pasion. No puedo menos que decirte ingenuamente, que el ódio injusto que tú has concebido á estos filósofos célebres te hace producir imposturas contra ellos, especialmente contra Rousseau. Yo he leído sus obras, y no he hallado tales contradicciones; solamente he hallado motivos de admiracion por su sabiduría y elocuencia. Su mérito, á pesar de la mordacidad, lo hará recomendable á las edades venideras.

Vic. Te acabo de confesar sinceramente las buenas prendas naturales de este filósofo. Su talento y su elocuencia ha sido el escollo fatal en que muchos incautos se han estrellado y se han perdido. Ante el tribunal de la razon no tiene derecho para ser celebrado por lo que escribió de

religion. Para convencerte de que no hablo el idioma del odio, ni de la preocupacion, á tí mismo te quiero llamar por testigo, para que depongas imparcialmente en esta causa: tú que te jactas de haber leído sus escritos, haz memoria de que en el Emilio (*) confiesa Rousseau, que el evangelio es obra de Dios por su moral pura y sublime, y que no es obra de Dios porque contiene dogmas increíbles: que en Jesucristo habia la mas alta sabiduria, y que no conocia las cosas como son: que no era un loco, ni un fanático, y que tenia trastornado el cerebro: que su muerte habia sido de un Dios, y que no es Dios: y... pero esto basta para probar que este filósofo incurre en contradicciones manifiestas.

Fel. Pero bien: aunque estos filósofos tengan sus contradicciones, de aquí nada se infiere contra la sustancia de su sistema.

Vic. La contradiccion es caracter y distintivo de la falsedad y de la mentira; porque una cosa no puede ser y no ser á un mismo tiempo: por consiguiente, cuando las contradic-

(*) Tom. 3. pág. 165.

ciones sean en cosas accidentales, se faltará á la verdad en lo accidental, y cuando fueren en cosas sustanciales, habrá falsedad en lo sustancial. Estos filósofos se contradicen unos á otros, y á sí mismos, en cosas muy sustanciales, cuales son las que te he referido; pues todo sistema en que se falsifican cosas sustanciales, viene á caer en tierra: porque los capítulos sustanciales de cualquier sistema están entre sí tan íntimamente unidos y enlazados, que no pueden faltar unos, sin que falten los demas, y con esto todo el edificio del sistema se precipita á su ruina.

No por esto digo, que todas y cada una de las proposiciones de estos filósofos sean falsas, pues en muchísimas de ellas todos convenimos; pero sí sostengo que su sistema es falso: y como es contrario diametralmente al de la religion, el de esta es el verdadero.

Fel. Tu objeto es manifestar, que estos filósofos procedieron con injusticia en combatir el cristianismo, porque carecian de razones convincentes. Y ¿cuales son las que tienes para defenderlo? porque á la verdad, es

una lástima que una religion cuyo plan se cree tan hermoso y tan bien ordenado, y cuyas máximas se dirigen á constituir feliz al hombre, carezca de fundamentos: con lo que se prueba solamente la sabiduría y la intencion benéfica de su autor.

Vic. Algunos incrédulos pretenden atacar á la religion con la religion misma: para esto se valen del stratagemata hipócrita de elogiarla con el mayor encarecimiento, y despues lamentan en tono lastimero la falta de fundamentos en que debía estribar su verdad: con esto se fingen justos apreciadores de la utilidad del evangelio, y prudentes en no admitirlo, para engañar de este modo á los incautos. Estos lobos, con piel de oveja, levantan la voz para llamar hipócritas á los cristianos; siendo así que ellos proceden con la hipocresía mas refinada. Dime, Felix, ¿has leído los libros de la religion cristiana, y en que se hace su defensa contra los impíos y libertinos?

Fel. No los he leído, porque unos están en el idioma latino, y otros son demasiado abultados, con un estilo seco y cansado, con que se hacen fastidiosos.

Vic. Primeramente, hay muchos escritos á favor del cristianismo, que no son de mucho volúmen, y que tienen un estilo elocuente, ameno, y enérgico. En segundo lugar debo advertirte, que es una desgracia digna de llorarse con lágrimas de sangre, que haya tantos hombres que teniéndose por sábios y prudentes, no quieran emplear un poco de tiempo y de trabajo en un negocio de la mayor importancia, y cuyas consecuencias son eternas; al paso que emplean toda su vida, se afanan, y hacen sacrificios muy costosos por un interes despreciable, por un honor vano, y por un placer momentáneo y criminal: pero muchos, impelidos por el espíritu de la novedad, por entrar en la moda, y por parecer erúditos, é ilustrados, leen algunos libros contra la religion, y no leen ninguno de los escritos en su defensa: y como carecen de principios é instruccion, se dejan alucinar con argumentos falsos y capciosos, puestos con pompa, elocuencia y artificio: con lo que dando por falsa la religion cristiana, se vienen á precipitar en el abismo de la incredulidad. ¿No es suma injusticia sentenciar sin conocimiento de causa?

Fel. Segun esto, yo quisiera que tú, pues te hallas tan persuadido, me manifestases los fundamentos de la verdad del cristianismo, para proceder yo con la rectitud y buen juicio de un hombre de bien, y amante de la razon.

Vic. Yo, aunque he leído excelentes apologías de la religion, para confirmarme y radicarme mas en la fe, y tener un escudo que me ponga á cubierto de las saetas de la impiedad; con todo, me juzgo sin la suficiencia necesaria para hablar dignamente sobre una materia tan interesante, tan sublime, y tan delicada; pero entregandome á la reflexion, recogiendo mis pensamientos, y ordenando mis ideas, te manifestaré las especies de que me acordare, para cuyo efecto espero el auxilio de Jesucristo, que es el sol divino de santidad que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y se dignó iluminarme á mí. Pero pidiendo este asunto mas detencion, mañana, si te parece, comenzaremos, dándonos ahora mutuamente los parabienes de habernos vuelto á ver con salud, despues de tus pasadas desgracias.

CONVERSACION SEGUNDA.

Vic. Amado Felix, despues de saludarte, hoy vengo á cumplirte la palabra que te di ayer, de hablarte de los fundamentos de la religion de Jesucristo. Demos principio en el nombre de este Salvador misericordioso. Ante todas cosas debemos asentar, qué cosa es religion, su origen, sus progresos, su utilidad, y su necesidad. Religion es una virtud por la que el hombre da á Dios el honor y culto que le es debido: ó mas bien, es una comunicacion entre Dios y los hombres, por la que Dios se manifiesta á los hombres, y estos le dan el honor y el culto debido.

Toda la naturaleza nos enseña que hay un Dios, criador y conservador de todo lo que tiene ser en el universo. Nosotros conocemos evidentemente que hubo tiempo en que no existiamos, y que lo que somos, lo que tenemos, y lo que podemos,

Fel. Segun esto, yo quisiera que tú, pues te hallas tan persuadido, me manifestases los fundamentos de la verdad del cristianismo, para proceder yo con la rectitud y buen juicio de un hombre de bien, y amante de la razon.

Vic. Yo, aunque he leído excelentes apologías de la religion, para confirmarme y radicarme mas en la fe, y tener un escudo que me ponga á cubierto de las saetas de la impiedad; con todo, me juzgo sin la suficiencia necesaria para hablar dignamente sobre una materia tan interesante, tan sublime, y tan delicada; pero entregandome á la reflexion, recogiendo mis pensamientos, y ordenando mis ideas, te manifestaré las especies de que me acordare, para cuyo efecto espero el auxilio de Jesucristo, que es el sol divino de santidad que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y se dignó iluminarme á mí. Pero pidiendo este asunto mas detencion, mañana, si te parece, comenzaremos, dándonos ahora mutuamente los parabienes de habernos vuelto á ver con salud, despues de tus pasadas desgracias.

CONVERSACION SEGUNDA.

Vic. Amado Felix, despues de saludarte, hoy vengo á cumplirte la palabra que te di ayer, de hablarte de los fundamentos de la religion de Jesucristo. Demos principio en el nombre de este Salvador misericordioso. Ante todas cosas debemos asentar, qué cosa es religion, su origen, sus progresos, su utilidad, y su necesidad. Religion es una virtud por la que el hombre da á Dios el honor y culto que le es debido: ó mas bien, es una comunicacion entre Dios y los hombres, por la que Dios se manifiesta á los hombres, y estos le dan el honor y el culto debido.

Toda la naturaleza nos enseña que hay un Dios, criador y conservador de todo lo que tiene ser en el universo. Nosotros conocemos evidentemente que hubo tiempo en que no existiamos, y que lo que somos, lo que tenemos, y lo que podemos,

lo hemos recibido de otro: pues este es Dios. Por consiguiente, reconocemos la obligacion en que nos hallamos, de darle las gracias por todos sus beneficios, de amarlo, de servirle, y de ocurrir á él en todas nuestras necesidades y aficciones.

Esta obligacion la conoció el primer hombre luego que salió de las manos de su Criador omnipotente, ya por las luces de su razon natural, y ya porque Dios se le manifestó. Él perseveró muy poco tiempo en la sujecion debida á Dios, quebrantó el único precepto que le impuso su Magestad, y cometió aquel grande pecado que llamamos original, y heredamos todos sus descendientes. Dios, viendo á este primer padre sumergido en un abismo de males y de miserias, que le habia causado la culpa, usó con él de misericordia, y lo consoló con la promesa de que le enviaria un redentor de su pecado, y reparador de su caída.

El conocimiento del verdadero Dios, y de esta promesa magnífica, fué pasando á sus descendientes; pero como el pecado original causa en el entendimiento del hom-

bre la ignorancia y las tinieblas, y en su voluntad la repugnancia á la virtud, y la inclinacion al vicio; conforme fueron alejándose los hombres del tiempo de la creacion, fueron corrompiéndose y pervirtiéndose mas, en términos que Dios se vió precisado por los derechos de su justicia á castigarlos con un diluvio en que perecieron todos los habitantes de la tierra, excepto el patriarca Noe y su familia. Pero como el corazon del hombre desde la niñez es inclinado á lo malo, despues del diluvio volvieron á multiplicarse las iniquidades, y á llenarse la tierra de vicios. Nino, fundador y rey de Ninive, erigió una estatua en honor de su padre Belo, fundador y rey de Babilonia, y despues le levantó un templo en el que comenzaron sus vasallos á darle adoracion como si fuera Dios, y de aquí tuvo principio la idolatría. Con el transcurso de los tiempos se fué aumentando la corrupcion del corazon humano: los hombres se fueron estraviando mas, y precipitándose de abismo en abismo, con lo que la mayor parte de ellos, embrutecidos con los vicios, lle-

garon á perder el conocimiento del verdadero Dios. Pero como el testimonio de su misma conciencia, y la razon natural, aunque obscurecida, les enseñaba que hay Dios en el universo, y por otra parte se veian oprimidos del peso de las necesidades y aficciones, trastornando las ideas, en lugar de adorar al verdadero Dios, reconocieron por dioses á todas aquellas cosas que les producian utilidad, alivio y consuelo. Adoraron á la tierra que los alimentaba, al sol que los alumbraba y calentaba, y á la luna que en la noche desterraba las tinieblas. Estos fueron su Cibéles, su Apolo, y su Diana. Los reyes poderosos, los príncipes bienhechores, y los capitanes valientes que los libraban de sus enemigos, fueron adorados como dioses. Estos fueron Júpiter, Hércules, y otros. Adoraron á Ceres porque creian que le debian la fertilidad de las estaciones: á Marte el suceso feliz de las batallas: á Jano, la paz y la prosperidad de los pueblos: y á Esculapio la salud corporal.

Los hombres, deseando con ansia la felicidad, creyeron ciegamente gozarla en el

desahogo de sus pasiones, y para librarse de los remordimientos de la conciencia, los poetas, que eran los teólogos de aquellos tiempos, presentaron una ocasion lisonjera con divinizar los vicios. Levantaron templos, y ofrecieron sacrificios á la embriaguez, con el nombre de Baco: á la crueldad con el de Marte: á la deshonestidad con el de Venus: y así á otros. De aquí es, que se empeñaban en publicar los vicios de sus dioses para autorizar los suyos propios. No es extraño que adoptando por dioses á personas delincuentes, los honrasen con delitos. En Roma, Atenas, y Corinto, que eran las ciudades mas célebres, y que se gloriaban de sábias, erigieron altares á los vicios mas torpes y mas groseros; de suerte que el culto de la religion pagana era una dissolution y prostitucion pública. Séneca, aunque gentil, dijo: que aquella multitud de dioses infames se habia introducido para despojar á los hombres del pudor y de la vergüenza. ¡Cuanto convienen con los paganos muchos de los filósofos incrédulos de nuestros dias, que aseguran con insolencia y con descaro, que la virtud y el vicio

se distinguen solamente en el nombre, con el fin de establecer en todo el universo el imperio de las pasiones mas vergonzosas, y de los apetitos mas brutales.

Es cierto que muchos sábios del gentilismo que conocian la falsedad de estos dioses y de esta religion, admitian como los cristianos la inmortalidad de nuestras almas, y estaban convencidos de que todos fuimos criados para gozar de una felicidad verdadera; pero como carecian del conocimiento de la religion verdadera, que es la única que enseña cual es esta felicidad, guiados solo de las luces ofuscadas de su razon, discordaron entre sí mismos en establecer la bienaventuranza, y de aquí dimanaron tantas opiniones, y tantos deirios.

En medio de una corrupcion tan lastimosa y tan general, el único y verdadero Dios conservó su religion entre los hombres. En el tiempo posterior al diluvio, en que comenzó la idolatría, escogió á Abraham, hombre santo, y agradable á sus ojos divinos, para que fuese padre de un pueblo elegido, que fuera depositario de la ley ver-

dadera. Con este fin separó á este pueblo de todas las naciones del universo, con sus leyes y con sus costumbres: lo redujo á cierto teritorio que le tenia preparado: de este pueblo finalmente se constituyó el mismo Dios cabeza y legislador, gobernándolo para cumplir en él sus promesas.

Estas promesas se dirigian á mandar á su mismo hijo consubstancial, para que se hiciese hombre, padeciese y muriese en una cruz, con lo que quedase satisfecha la justicia divina por los pecados de todo el mundo, los hombres quedasen redimidos de la cautividad de sus culpas bajo la potestad del demonio, y se les abriesen las puertas del cielo, que habian cerrado sus pecados. Pues Felix, estas promesas están cumplidas. El hijo de Dios bajó á la tierra, y ha sido el autor de la religion cristiana. Pero antes que yo pase á probar la verdad de ella con los fundamentos que te prometí, debemos convenir en una verdad de hecho, que por ser ciertísima y evidentísima, han convenido en ella aun los mayores enemigos del cristianismo: y es, que ha existido un hombre llamado Jesucris-

to que nació en la ciudad de Belen en Judá: que vivió mucho tiempo en Jerusalem, capital de la Palestina: que tuvo por discípulos á doce hombres llamados Apóstoles: que enseñó una doctrina que no habia enseñado ninguno de los sábios del paganismo: que fué perseguido por sus mismos compatriotas hasta quitarle la vida en una cruz: que despues de su muerte sus discípulos repartiéndose por toda la tierra, predicaron la doctrina de su maestro: que por esta causa derramaron su sangre: y que la Iglesia que ellos fundaron permanece despues de diez y ocho siglos, y que ésta ha enseñado y defendido constantemente la religion cristiana.

Debemos asentar este otro principio también ciertísimo y evidentísimo: que todas las naciones, y todos los pueblos del universo, aunque hayan sido diversos, y aun contrarios en sus usos, costumbres, inclinaciones, leyes é intereses, en todos los tiempos y en todos los lugares han admitido la existencia de Dios, y han tenido una religion con que le han dado culto: por consiguiente, la religion no es una invencion

humana puramente como dicen los falsos filósofos, sino que trae su origen de Dios: porque aquello en que convienen todos los hombres de todos los tiempos, es la vez y el sentimiento de la naturaleza: pues todo sentimiento de la naturaleza, segun la sana filosofia, y la recta razon, viene del autor de ella, que lo ha grabado en el corazón de todos los hombres.

Fel. Segun esa razon, todos los dioses que han adorado los hombres serán verdaderos, y todas las religiones con que les han dado culto también serán verdaderas: pues esta adoracion ha sido inspirada por la naturaleza.

Vic. Felix, de ninguna manera: la naturaleza ha impreso en el corazón de los hombres la idea de un Dios, y les ha dado á conocer que deben adorarlo con una religion; pero la ignorancia, los intereses particulares, las pasiones, y la repugnancia á una ley que las refrene, y que contenga á los hombres entre los límites de lo justo y de lo recto, los ha precipitado á fingirse tanta multitud de dioses falsos, y ha inventado aquella religion que era mas

conforme á sus inclinaciones. Por ejemplo, la naturaleza me enseña, que es necesario el alimento para la conservacion de la vida; pero si yo mas consulto á mi gusto que á la razon, en lugar de elegir un alimento provechoso, tomaré uno que me sea nocivo y perjudicial á la misma vida. Decia Ciceron gentil: „no hay nacion, por bárbara y fiera que sea, que ignore que hay Dios; aunque no sepa cual es el que debe adorar.” Es opuestísima á la razon la multitud de los dioses, y la misma razon persuade, que al único verdadero se le debe dar culto con una sola religion digna de la divinidad: esta es la religion cristiana: empezemos ya á tratar de sus fundamentos, y sea el primero el de las profecías.

Dios prometió al primer hombre mandarle al Mesías, y Redentor suyo, y de todos los hombres. (1) Despues repitió esta promesa á Abraham. (2) Se la reitera á Jacob, asegurándole: que todas las naciones

(1) Gen. cap. 3. v. 15.

(2) Gen. 12. v. 3.

de la tierra serían benditas en su posteridad, de la que habia de nacer este Salvador y Legislador, (1) y se fija en la tribu de Judá. (2) X

Vinieron despues los profetas, que sucesivamente por el espacio de mil y seiscientos años anunciaron de parte de Dios que se iban á cumplir estas promesas. Dijeron, que este enviado del Señor habia de ser el auxilio y el consuelo del mundo, el legislador de los pueblos, la luz de todas las naciones, el maestro que enseñaria á los hombres el culto que debian dar á Dios: que destruiria la iniquidad: que traeria á la tierra una santidad sempiterna: que llenaria al universo del espíritu de Dios: que daria una paz inmortal: y que para esto sería fundador y cabeza de una Iglesia que se formaría de los judios y de los gentiles.

Luego si yo te demuestro que ese Mesías prometido por Dios, ya ha venido con todos los caracteres y señales con que lo anunciaron los profetas, y que este es Je-

(1) Gen. cap. 28. v. 14.

(2) Gen. 49. v. 10.

sus Nazareno, autor de la religion cristiana, quedarás convencido de que esta religion trae su origen de Dios, y que por lo mismo es la verdadera. Porque unos sucesos predichos muchos siglos antes de que se verificáran, y cumplidos con todas las circunstancias con que se anunciaron, solo Dios pudo haberlos anunciado, porque solo él tiene conocimiento de los sucesos futuros.

Fel. Manifiéstame las pruebas, que como sean convincentes, ya quedará demostrado el primer fundamento de la verdad del cristianismo.

Vic. Cuatro son las profecías más principales y mas espresas de la venida del Mesías, Salvador de los hombres. La primera es la de Jacob. Estando este patriarca próximo á morir, congregó á sus hijos, y á cada uno de ellos le dió su bendicion particular, prediciéndoles lo que les habia de suceder en el transcurso de los tiempos; pero hablando con su cuarto hijo que era Judas, le dijo estas palabras muy notables: (1) „Judas, tus hermanos te

(1) Gen. cap. 49. V. 10. (2)

llenarán de alabanzas, y te adorarán. El cetro no se le quitará á Judas, y habrá siempre de su posteridad conductores del pueblo, hasta que venga aquel, que ha de ser enviado, y que será el objeto de la esperanza de las naciones.” Dos cosas asegura Jacob en esta profecía: la primera, que mientras permaneciere la tribu de Judá, gozará de la preeminencia y de la autoidad sobre las demas tribus. La segunda, que el gobierno soberano permanecerá en la tribu de Judá, ó en toda la nacion judia, hasta que venga el Mesias.

Fel. ¿Cómo pruebas con esta profecía que ya ha venido el Mesías?

Vic. De este modo: los judios se gobernaron por principes de su nacion, hasta que Cesar augusto y el Senado romano los despojaron del principado, constituyendo por su rey, sujeto al imperio romano, á Herodes, estrangero, natural de Ascalon en Idumea. Poco despues fueron arrojados de su patria los judios, y se dispersaron por todas las naciones: con lo que perdieron enteramente su gobierno soberano. Ellos mismos dieron de esto el testimonio mas auténtico

cuando acusando á Jesucristo ante Pilatos, levantaron la voz diciendo: nosotros no tenemos otro rey que el César. Pues segun el vaticinio de Jacob, el Mesías habia de venir cuando á los judios se les quitára la autoridad suprema: luego ya ha venido.

Fel. Los judios fueron conducidos á Babilonia por Nabucodonosor, y reducidos á cautiverio, en el que pereció Sedecias, que fué el último de sus reyes: con lo que perdieron la autoridad soberana muchos siglos ántes de la existencia de Herodes. De esto se infiere una de dos cosas, ó que desde entonces vino el Mesías, lo que tú no has de conceder, ó que el Mesías no debia venir cuando los judios perdieran esta autoridad: y así la profecía nada prueba para tu intento.

Vic. Te engañas, Felix: muerto Sedecias, pasó la potestad real á Joaquin, por otro nombre Jeconias, que era de la tribu de Judá, á quien sacó de la prision Evilmerodac sucesor de Nabucodonosor, y le hizo sentar á su mesa. Despues los judios, durante la cautividad, tenian la potestad de vida ó de muerte, sobre su nacion: como

consta por la historia de Susana. Concluida la cautividad, volvieron á su país bajo la direccion de Zorobabél, mandado por Ciro rey de los Persas, con facultad de reedificar el templo de Jerusalem: y finalmente se estuvieron gobernando por un senado supremo llamado Sanhedrin, hasta que empezó á reinar Herodes, en cuyo tiempo vino Jesucristo.

Fel. ¿Cual es la segunda profecía de la venida del Mesías?

Vic. La del profeta Daniel, que denota de un modo muy circunstanciado el tiempo en que habia de venir el Mesías. Por ser tan célebre esta profecía la referiré toda entera. Cuando Daniel estaba pidiendo á Dios que pusiese fin á la cautividad de Babilonia, se le apareció el arcángel S. Gabriel, y tocándole le dijo: (a) »Daniel, yo he venido para enseñarte, y que entiendas esto. Desde que diste principio á tu oracion se ha dado un decreto, y yo he venido á hacértelo saber, porque estás lleno de deseos: atiende pues á mis palabras,

(a) Daniel. Cap. 9. VV. 22, 23, 24, 25, 26, et 27.

y oye lo que voy á manifestarte. Setenta semanas se han reducido respecto á tu pueblo, y á tu santa ciudad, para que cese la prevaricacion, finalize el pecado, se expie la iniquidad, y la justicia eterna le suceda: para que la vision y la profecía se cumplan, y sea unguido el santo de los santos. Sabe y advierte, que desde el dia que se diere la orden de reedificar á Jerusalem, hasta que se manifestare el rey que es el Cristo, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas, (esto es, sesenta y nueve semanas). Se construirán de nuevo las plazas y murallas de Jerusalem en tiempos muy difíciles: y despues de sesenta y dos semanas se le dará muerte al Cristo: y el pueblo que no le reconocerá, no será ya su pueblo. Otro pueblo que vendrá con su príncipe, destruirá la ciudad y el santuario; la ruina será total, y concluida la guerra, se seguirá la desolacion que se ha determinado. El Cristo establecerá una alianza firme con muchos, durante una semana, y en medio de esta semana cesarán el sacrificio y la oblation. Se verá la abominacion de la desolacion en el templo, y la desolacion du-

rá hasta la consumacion, y hasta el fin."

Fel. ¿Cómo aplicas esta profecía al Mesías?

Vic. La sagrada escritura cuenta solo dos clases de semanas, una de dias, y otra de años: es claro que la profecía de Daniel no habla de semanas de dias, pues cumplidas estas nada se verificó de lo pronosticado: y así habla de semanas de años, pues cumplidas éstas se verificó la profecía en todas partes. Cuatro sucesos anuncia esta profecía. El primero es, que desde que se diere la facultad para reedificar á Jerusalem, hasta el tiempo en que se manifestára el Mesías, habian de pasar sesenta y nueve semanas de años; pues desde el año en que Artagerges Longimano dió esta facultad, que fué el vigésimo de su reinado, hasta el año del mundo 4033 en que Jesucristo comenzó á manifestarse por su predicacion y milagro, pasaron 483 años: los cuales constituyen las sesenta y nueve semanas asignadas por Daniel. El segundo suceso es, que á las sesenta y nueve semanas y media quitarian la vida al Mesías; pues Jesucristo fué crucificado á los tres años y medio de haber comenzado su predicacion: cuyo tiem-

(*) sus

po hace media semana de años, que agregados á los 4.033 componen 4.036., en cuyo año, segun el cómputo de muchos cronólogos, murió Jesucristo.

El tercer suceso era, que vendria un pueblo con su principe, y destruiria á Jerusalem y su templo. Esto puntualmente se verificó á los treinta y ocho años de la muerte de Jesucristo: pues vino el ejército romano dirigido por su emperador Tito, hijo de Vespaciano: sitió á Jerusalem, y reduciéndola á la mayor angustia, la destruyó, reservando solamente de toda la ciudad, las torres de Epico, Phazael, y Mariamne, y haciendo pasar el arado por el terreno del templo en señal de su destruccion. Esta ruina la profetizó tambien Jesucristo en el tiempo de su predicacion.

El cuarto y último suceso era, que la desolacion de Jerusalem y su templo seria perpetua: pues esto lo ha enseñado la misma experiencia por el dilatado espacio de mas de diez y siete siglos.

Fel. La experiencia demuestra lo contrario: pues Jerusalem fué reedificada, y persevera hasta el tiempo presente.

Vic. Es cierto que Jerusalem fué reedificada; pero no para ser ciudad de los judios, y mucho menos para ser capital de su reiaio; porque el emperador Adriano la constituyó colonia de los romanos: de suerte que ha sido ocupada por los gentiles, despues por los cristianos, y actualmente por los turcos: y así para los judios ha sido Jerusalem desolada perpetuamente, y ellos llevan mas de diez y siete siglos de estar sin templo ni gobierno soberano, dispersos por toda la tierra.

Pasémos á la tercera profecía, que es la de Ageo. Dió causa para ella lo siguiente. Despues de haber vuelto los judios de la cautividad de Babilonia, habiendo sacado los cimientos del segundo templo con permiso de Ciro rey de Persia, se interrumpió la obra por el espacio de casi diez y seis años; pero despues se continuó en el reinado de Dario hijo de Hitaspes, tercer sucesor de Ciro, y se concluyó al fin de cuatro años. Como los judios para seguir esta obra hallaban tanta oposicion en enemigos poderosos, Dios, para consolarlos, y alentarlos á la consumacion de la obra,

les dijo por el profeta Ageo: (a) »Dentro de poco tiempo estremeceré yo el cielo, la tierra, el mar, y todo el universo: conmovaré todos los pueblos: vendrá el deseado de todas las naciones: y yo llenaré de gloria esta casa, y su gloria escenderá á la primera.

Fel. ¿Cómo esplicas esta profecía de modo que pruebe que ya ha venido el Mesías?

Vic. De este modo claro y sencillo: dijo Dios, que vendría el deseado de las naciones, esto es el Mesías. Así lo han entendido hasta los mismos judios, y que el segundo templo seria mas glorioso que el primero: es constante que no lo fué ni en la magnificencia ni en las riquezas, pues en esto fué muy inferior; y sí fué mas glorioso por la presencia del Mesías que habia de venir á él á honrarlo y santificarlo. Como este templo ya acabó, es señal que ya vino el Mesías. Así fué en efecto, porque Jesucristo recien nacido fué presentado en este templo, y en él predicó y obró milagros.

(a) Ageus, Cap. 2. V. 7 et 8.

Fel. Jesucristo no estuvo en este templo, sino en el posterior que edificó Herodes Ascalonita, y así no se ha verificado la profecía en Jesucristo.

Vic. Herodes no edificó un tercer templo, sino solamente amplificó el segundo sobre las ruinas del primero fabricado por Salomon.

La cuarta profecía es la de Malaquias que dice en estos términos: (a) »Ved ahí, que yo envio mi ángel, dice el Señor, y él preparó el camino delante de mí, y luego el Señor á quien vosotros buskais, vendrá á su templo, y el ángel de la alianza que deseais, ved ahí que viene, dice el Señor de los ejércitos.

Fel. ¿Como habla esta profecía del Mesías?

Vic. Este ángel del testamento ó de la alianza es el Mesías, á quien el profeta le da tambien el nombre de Señor. Dice que vendrá á su templo, esto es, al segundo, pues Malaquias profetizó despues de la cautividad de Babilonia, quando ya no existia

(a) Malachias cap. 3. V. 3.

el primero; luego habiendo sido arruinado este segundo templo por el ejército de los romanos estuvo en él el Mesías: y así no queda duda de que ya vino.

Fel. De todo lo que has dicho, lo mas que se infiere es, que ya ha venido el Mesías; pero no que este sea Jesucristo.

Vic. Pues aquel en quien se hallen todos los caracteres y todas las señales con que los profetas anunciaron al Mesías, este es el Mesías.

Fel. Es cierto.

Vic. Conque demostrándote, que en Jesus Nazareno se hallan estos caracteres y estas señales, ¿quedarás convencido de que él es el Mesías?

Fel. Quedaré.

Vic. Pues yo te iré citando las profecías, tú tomarás el evangelio en tus manos, y haciendo la comparacion, te convencerás de que en Jesucristo se ha cumplido lo que los profetas anunciaron del Mesías: comencémos. Prometió Dios á Abraham que de él descendería el Mesías: (a) esto

(a) Génes. cap. 12 v. 3 et 22.

mismo prometió á David, (a) y lo anunció por Isaias: (b) habia de nacer de una virgen segun el mismo Isaias: (c) habia de nacer en Belen de Judá segun Micheas: (d) dijo Isaias, que seria adorado por los Magos: (e) y David dijo: que los reyes de Tarsis, y de las islas remotas le traerian presentes: (f) Zacarias predijo: que seria pobre, y entraria en Jerusalem con mansedumbre sentado sobre un jumentillo: (g) Isaias dijo, que predicaria y anunciaria á los hombres su redencion. (h)

Si observamos la pasion de Jesucristo, veremos que hasta las menores circunstancias están predichas por los profetas. Te hablaré de algunas de las mas notables. Da-

(a) Ps. 88 v. 29.

(b) Isai. cap. 11 v. 1.

(c) Cap. 7 v. 14.

(d) Cap. 5 v. 2.

(e) Cap. 60 v. 7.

(f) Ps. 71 v. 10.

(g) Cap. 9 v. 9.

(h) Cap. 61. v. 1.

vid anunció la traición de Judas: (i) Zacarías dijo: que el Mesías sería vendido en treinta monedas: (j) Isaias dijo: que sería cubierto de heridas y de llagas, y que no le quedaria figura de hombre; efecto de los azotes crueles y saugrientos: (k) segun el mismo Profeta sería abcfeteado, y su rostro lleno de salivas: David profetizó que sería crucificado: que le darian á beber hiel y viagre: que lo insultarian llenándolo de oprobios: y que dividirian y sortearian sus vestidos. (l) Zacarías pronosticó, que serian penetradas sus manos y su costado. (m) Ultimamente, si cotejas las circunstancias del Mesías anunciadas por los Profetas, con las de la vida, pasion y muerte de Jesucristo referidas por los Evangelistas, hallarás una igualdad tan perfecta, que aunque seas el mayor enemigo de la razon, te verás irremisiblemente obligado á confesar, que Je-

(i) Ps. 40. V. 10.

(j) Cap. 11. V. 12.

(k) Cap. 53. V. 2.

(l) Salm. 21.

(m) Cap. 12.

sucristo es el Mesías prometido por Dios, y anunciado por los profetas.

Paso á demostrarte el cumplimiento de las profecías acerca de la reprobacion de los judios, y de la conversion de los gentiles. Moyses predijo, que los judios serian dispersos y derramados por toda la tierra: (n) lo mismo profetizaron David (o) y Amos; y Oseas anunció que estarían mucho tiempo sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin altar, y sin sacerdocio. (p) Todo esto está enteramente cumplido, pues los infelices judios se hallan dispersos por toda la tierra, no tienen soberano ni príncipe de su nacion, porque están bajo las leyes, superiores y tribunales de las naciones á quienes están sujetos, pagando crecidos tributos para ser protegidos. Se hallan sin templo: pues sus sinagogas nada mas son que casas de congregaciones que no pueden compararse con el templo, segun ellos mismos confiesan: sin altar ni sacrificios: pues des-

(n) Deuter. cap. 28 V. V. 64 y 65.

(o) Salm. 51 V. 11 et 12.

(p) Cap. 3. V. 4.

de la destruccion del templo no pueden sacrificar, porque Dios les prohibió hacerlo fuera del templo; y en fin, en todas partes donde se hallan, no tienen sosiego ni tranquilidad: son el desprecio y la abominacion de las naciones, y llevan consigo en todos los lugares la señal de su reprobacion. Este peso enorme de desgracias está gravitando sobre esta nacion miserable desde la destruccion de Jerusalem, que fué mas ha de diez y siete siglos.

La conversion de los gentiles la predijeron David (q) é Isaías, (r) y es una cosa evidente, que todas las naciones, aun las mas obstinadas en la idolatría, han reconocido y adorado al Dios verdadero. Luego por el cumplimiento de las profecías de la reprobacion de los judios y de la conversion de los gentiles, se prueba claramente que ha venido el Mesías: y que habiendo comenzado á suceder esto cuando apareció

(q) *Salm.* 21 *Ψ.* 24.

(r) *Cap.* 41 *Ψ.* 1. *Cap.* 49 *Ψ.* 6. *Cap.* 51. *Ψ.* 4 y 5. *Cap.* 52 *Ψ.* 10. *Cap.* 62 *Ψ.* 2.

Jesucristo: que sus discipulos convirtieron á los gentiles, es cierto que es el Mesías.

Fel. ¿Pero estas profecías no pudieron haber sido inventadas por los mismos cristianos despues de haber acontecido los sucesos de que ellas hablan, para darle este grado de tanta certidumbre á su religion?

Vic. Han sido muy anteriores á los sucesos que pronostican. El primer libro que contiene algunas de las profecías es el Génesis escrito por Moyses, que despues de haber sacado á los Israelitas de la cautividad de Egipto bajo el poder de Faraon, los condujo por el desierto, en donde escribió este libro. Él vivió quinientos años antes de Homero: mas de mil y ciento años antes de Sócrates, de Platon, y de Aristóteles, que fueron los gefes y los maestros de la sabiduría de los griegos: y cerca de mil y quinientos años antes del nacimiento de Jesucristo: de suerte que Moyses fué mas antiguo que Mercurio Trimegisto rey de Egipto, que fué el primer escritor gentil que existió (segun los mejores historiadores) en los tiempos de David y de Salomon.

Isaías, que es el primero de los Profetas segun el orden de la Biblia, empezó á profetizar en el año diez y siete de Osías rey de Judá, que es decir, cerca de ochocientos años antes de la venida de Jesucristo: y Malaquías, que fué el último de los Profetas, comenzó sus profecías en el año quinto ó sexto de Artajerjes Longimano, que empezó á reinar en Persia cuatrocientos y sesenta y tres años antes del nacimiento de Jesucristo.

Fel. Pero bien: aunque esos sugetos á quienes se atribuyen las profecías hayan existido en los tiempos que tú dices, ¿cómo pruebas que realmente son tuyas, y no de otros que han vivido despues de la venida de Jesucristo?

Vic. Tú mismo has de dar la prueba: dime, Homero, Platon, Aristóteles, Virgilio, y Ciceron, ¿existieron antes de la venida de Jesucristo?

Fel. Es ciertísimo que existieron antes.

Vic. Pues dime: ¿porqué tú y todos creen, que las obras que se le atribuyen á estos sugetos son realmente tuyas, y no de otros que vivieron despues?

Fel. Porque así consta por una tradicion que ha ido pasando de boca en boca hasta nosotros, y así consta por las historias, y por los anales de los tiempos posteriores: por consiguiente, esta verdad tiene una certeza moral, que solo un loco la puede negar.

Vic. Pues esa misma respuesta te doy yo, y voy á manifestarte que mi respuesta tiene aun mayor certeza que la tuya. Por una tradicion no interrumpida desde los tiempos en que existieron los sugetos á quienes se atribuyen estas profecías, han creído constantemente los judios, y despues todos los cristianos hasta el tiempo presente, que ellos han sido los verdaderos autores de ellas; pero aunque no hubieran sido, para darte una prueba muy convincente de la verdad de la religion cristiana, me basta demostrarte, que las profecías se hicieron muchos siglos antes de la venida de Jesucristo, y que en él se cumplieron. Estas profecías se escribían: los libros originales se guardaban en el templo de Jerusalem: cuidaban de ellos los levitas: sacaban copias los judios, que conservaban con mucha ve-

neracion y aprecio. Estas profecias se tradujeron en griego mucho tiempo antes del nacimiento de Jesucristo: y de este modo se esparcieron por el mundo donde se usaba la lengua griega, particularmente en los estados mas dilatados y mas cultos. Los libros de las profecias andaban en las manos de los judios antes de la division de las diez tribus, que es decir, antes de la cautividad de Babilonia: estos libros hasta el dia los tienen los judios. Y así, si su origen ha sido despues de la venida de Jesucristo, han sido inventados ó por los cristianos, ó por los judios: si han sido inventados por los cristianos, ¿porqué los judios no manifiestan al mundo entero este engaño, esta ficcion de los cristianos, y para qué ellos mismos cooperan á esta falsedad con conservar estos libros como compuestos antes del nacimiento de Jesucristo? Y si han sido inventados por los judios, ¿es posible que ellos con estos libros les den armas á los cristianos para que los combatan y confundan, haciéndoles ver que las profecias que ellos defienden como tan antiguas, están ya cumplidas en la persona

de Jesucristo, y así, que son unos pérfidos, y enemigos de la verdad en no admitirlo como verdadero Mesías? Es imposible. Últimamente, si los libros de las profecias han sido inventados despues de la venida de Jesucristo, señálese el tiempo en que esto sucedió. Ciertamente no se ha de señalar.

Para confirmacion de todo lo dicho, añado: que cuando los primeros cristianos trataban de convencer á los gentiles de la verdad de la religion de Jesucristo, les alegaban el cumplimiento de las profecias: y cuando los gentiles dudaban de las tales profecias, los remitian con los judios para que en sus libros las leyesen: y entonces se certificaban de la realidad de ellas, y cotejándolas con los hechos de Jesucristo, quedaban convencidos de que en él se habian cumplido; y que por consiguiente él era el Mesías prometido por Dios por medio de los profetas. Luego por todas estas razones se infiere claramente, que estos libros estaban escritos muchos siglos antes del nacimiento de Jesucristo: que sus autores son verdaderamente profetas inspirados por Dios: pues solo Dios concorre con

toda certeza los sucesos venideros con todas sus circunstancias, y que Jesucristo es el Mesías prometido, pues en él se cumplió todo lo que anunciaron los profetas respecto del Mesías.

CONVERSACION TERCERA.

Fel. **T**ratemos ahora de los otros fundamentos de la verdad de la religion cristiana.

Vic. El otro fundamento es el de los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles. Pero como estos hechos prodigiosos constan especialmente por los libros del nuevo testamento, para evitar el argumento que me puedes hacer sobre la autenticidad y verdad de estos libros, quiero establecerla antes que tratemos de los milagros. Cuando digo que los libros del nuevo testamento son auténticos, quiero decir, que son realmente de los autores á quienes se atribu-

yen, y que no están fraguados en los tiempos posteriores á la existencia de los autores que se nombran en ellos. Para esto bastaban las razones que te alegué á favor de la autenticidad de los escritos de los Profetas; pero aun quiero estenderme un poco mas: subamos desde nuestro tiempo por la sucesion de diez y ocho siglos hasta el principio del cristianismo, y veremos, que la Iglesia católica ha admitido en todas las épocas y en todos los lugares estos libros como obras de los autores que en ellos se espresan.

Fel. Yo convengo de buena fe, que desde el siglo cuarto hasta nuestros dias se han reconocido estos libros como obras de los apóstoles y de los evangelistas; pero ¿como probarás que desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio de la Iglesia, sucedió lo mismo?

Vic. Tú convienes en lo mismo que han convenido y convienen hasta los mismos incrédulos modernos enemigos de la religion: pues oye ahora como desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio del cristianismo, estos libros han sido admiti-

toda certeza los sucesos venideros con todas sus circunstancias, y que Jesucristo es el Mesías prometido, pues en él se cumplió todo lo que anunciaron los profetas respecto del Mesías.

CONVERSACION TERCERA.

Fel. **T**ratemos ahora de los otros fundamentos de la verdad de la religion cristiana.

Vic. El otro fundamento es el de los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles. Pero como estos hechos prodigiosos constan especialmente por los libros del nuevo testamento, para evitar el argumento que me puedes hacer sobre la autenticidad y verdad de estos libros, quiero establecerla antes que tratemos de los milagros. Cuando digo que los libros del nuevo testamento son auténticos, quiero decir, que son realmente de los autores á quienes se atribu-

yen, y que no están fraguados en los tiempos posteriores á la existencia de los autores que se nombran en ellos. Para esto bastaban las razones que te alegué á favor de la autenticidad de los escritos de los Profetas; pero aun quiero estenderme un poco mas: subamos desde nuestro tiempo por la sucesion de diez y ocho siglos hasta el principio del cristianismo, y veremos, que la Iglesia católica ha admitido en todas las épocas y en todos los lugares estos libros como obras de los autores que en ellos se espresan.

Fel. Yo convengo de buena fe, que desde el siglo cuarto hasta nuestros dias se han reconocido estos libros como obras de los apóstoles y de los evangelistas; pero ¿como probarás que desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio de la Iglesia, sucedió lo mismo?

Vic. Tú convienes en lo mismo que han convenido y convienen hasta los mismos incrédulos modernos enemigos de la religion: pues oye ahora como desde el siglo cuarto, retrocediendo hasta el principio del cristianismo, estos libros han sido admiti-

dos como escritos de los apóstoles y de los evangelistas. Orígenes al principio del siglo tercero, nombra los cuatro evangelios: los cuales, dice, son venerados por toda la Iglesia que está bajo del cielo. Tertuliano cita algunos años antes las cartas auténticas que el apóstol S. Pablo había escrito á las Iglesias de Roma, de Corinto, de Filipos, de Efeso, y de Tesalónica. Acusa al heresiarca Marcion de haber falsificado el evangelio de S. Lucas: y para convencerle presenta los ejemplares recibidos en todas las Iglesias apostólicas, y reconocidos por auténticos por el mismo Marcion, antes que empezase á enseñar sus errores. Casi á mediados del siglo segundo, San Justino en un escrito presentado al emperador Antonino, habla de la costumbre observada desde el principio entre los cristianos, de leer en sus juntas religiosas los escritos de los profetas y de los apóstoles.

En las cartas que nos han quedado de S. Policarpo obispo de Smirna martirizado en el año 166, en las de S. Ignacio obispo de Antioquía, que padeció mar-

tirio en 114, y en las del papa S. Clemente, que gobernaba la Iglesia romana en el año de 70, y había vivido mucho tiempo con S. Pedro apóstol, se hallan muchos lugares de los evangelios, y de las epístolas del nuevo testamento, citados como pertenecientes á la sagrada escritura; y finalmente, Papias, discípulo del apóstol S. Juan, hacia mención de los evangelios de S. Mateo y de S. Marcos. Heracleón, Ptolemeo, y Valentino, los Ebionitas, los Marcionistas, y los Gnósticos hereges, todos de los tiempos inmediatos á los de los apóstoles, admitían como auténticos los libros del nuevo testamento. De modo que puedo decir con S. Irineo obispo de Leon en el siglo segundo: que es tal la certidumbre de nuestra creencia tocante al evangelio, que la confirman hasta los hereges: pues cada uno de ellos, separándose de la Iglesia, busca en ella la prueba de su doctrina.

Los gentiles de los primeros siglos de la Iglesia reconocían como obras de los apóstoles los libros que hoy corren con sus nombres: como se puede ver en los diversos pedazos que nos han quedado de los escritos de Celso, de

Porfirio, de Hierocles, y del emperador Juliano el Apóstata, todos paganos: y en fin, hasta los mismos judíos enemigos acérrimos del cristianismo, no han negado la autenticidad de estos libros.

Te he hablado de la autenticidad de los libros del nuevo testamento. Paso ahora á manifestarte su autoridad, esto es, que sus autores son dignos de crédito en todo cuanto dijeron en sus escritos. Estos son de dos clases: unos dogmáticos que tratan de la doctrina de Jesucristo, y los otros históricos que refieren los hechos de Jesucristo, y de los mismos apóstoles. De la verdad de unos y otros, te convencerás por estas razones. La primera es, la sencillez y naturalidad del estilo que nada tiene de estudiado, ni de afectado, ni lleno de ostentacion, como lo es el de los filósofos que en sus escritos procuraron que brillase la mas pomposa elocuencia, con que parece que mas bien querian agradar y adquirir-se el aplauso, que convencer é instruir á sus discípulos. La segunda es la uniformidad de la doctrina. Cada uno de estos autores, ya respecto de sí mismo, y ya res-

pecto de los demás, está conforme en su doctrina á unos mismos principios. Es una misma la doctrina de todos los apóstoles y de los evangelistas, aun habiendo escrito y enseñado separados unos de otros por enormes distancias, y repartidos por todo el universo: cuya conducta no se observa en los filósofos: pues no solamente entre sí se halla una notable oposicion; pero aun algunos de ellos se contradicen á sí mismos en diversas obras, como te manifestaré con mas estension en otro lugar. La tercera es la santidad de la doctrina. Toda su moral, todas sus máximas se dirijen á inspirar á los hombres el amor á Dios, y el amor á sus semejantes, para ser felices en el tiempo y en la eternidad. De modo, que cualquiera hombre por poco advertido que sea, conocerá, que esta doctrina no respira mas que virtud y santidad, y que hace imponderables ventajas á la moral de los filósofos de todos los tiempos. La cuarta es la conformidad de las costumbres de los apóstoles con la doctrina que enseñaban. Su conducta era enteramente irrepreensible: su desinterés era sumo. No se les observó

ni ambicion para ocupar puestos elevados, ni codicia por atesorar riquezas. Les hubiera sido fácil uno y otro, por el grande ascendiente que tuvieron en la voluntad de millares de personas de todas clases y condiciones, que se constituyeron sus discipulos amantes y obedientes. Todo su empeño y sus conatos fueron dirigidos á que los hombres todos conocieran y amáran al verdadero Dios, y se amáran unos á otros. La quinta es su sabiduria admirable: ¡qué sublimidad de pensamientos! ¡qué conexion en las ideas! ¡qué energia y qué fuego en las espresiones! y ¡qué dignidad para hablar de las grandezas de un Dios! De suerte, que el hombre menos reflexivo conoce, que por la boca y por la pluma de los discipulos de Jesus habla el espíritu de Dios. La sesta es su fortaleza y su constancia. Ellos caminan á provincias muy remotas, y atraviesan dilatadas regiones para predicar el evangelio á toda criatura: y ni el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni las inclemencias de los tiempos, ni las molestias de los caminos, ni los peligros de los mares, ni las persecuciones, ni las cárceles,

ni los suplicios, son bastantes á obligarlos á que prescindan de su empresa; y ántes bien, ellos cuando son condenados á muerte salen de los tribunales de los jueces llenos de gozo y alegría, porque van á padecer por el nombre de su maestro: y subiendo con semblante sereno á los patibulos, hacen de ellos cátedras para predicar de nuevo el evangelio, con las palabras y con el ejemplo, pues mueren pidiendo á Dios el perdon y la conversion de sus mismos verdugos. Te he hecho una pintura breve é imperfecta del caracter de los discipulos de Jesucristo, para que te convenzas del derecho que tienen á ser creidos en la doctrina que enseñan, y en los hechos que refieren. La crítica mas refinada y escrupulosa, no exige en un historiador un conjunto de circunstancias mas recomendables. De manera, que será un insensato enemigo de la razon, el que dando crédito á otros historiadores, niegue ó dude de la verdad de los hechos referidos por los historiadores sagrados. Decia un hombre célebre: yo creo sin dificultad las historias cuyos testigos se dejan degollar por comprobarlas

Fel. Los apóstoles no son testigos fidedignos, porque ellos estaban interesados en la gloria y honor de su maestro: y que alentados con la falsa esperanza de grandes premios, era muy fácil que llevasen adelante las ideas de él, persuadiendo á los hombres que era el Mesías prometido por Dios.

Vic. Para esto hubiera sido necesario que los apóstoles hubieran sido los mayores insensatos del universo: porque si Jesucristo no era el verdadero Mesías, en el tiempo de su vida podía con sagacidad y con ardidés engañar á sus discípulos, persuadiéndoles que él era el Mesías: y podía con falsos premios temporales y eternos alentarlos á que hiciesen creer esta fábula á los demás hombres; pero cuando ellos vieron que su Maestro había sido perseguido por las autoridades públicas, y aun por los doctores de la ley y por los sacerdotes, y que había exhalado el último suspiro en un suplicio, ¿no tenían en esto un motivo muy poderoso para desengañarse de su credulidad, y de la malicia de su maestro? En este caso ¿qué empeño podían tener en buscar la gloria y el honor de un impostor

y de un embustero que los había engañado, y había dejado espuestos á ser el blanco del odio y de las persecuciones de toda su nación? Y ¿qué premios podían esperar de un hombre que ya no existía, y con cuyo cadáver se había intentado sepultar su crédito y su memoria? Solo podían esperar una clase de muerte semejante á la de este hombre que no habría sido su maestro, sino un engañador astuto, y su mayor enemigo que les había ocasionado un fin tan trágico.

Pero cuando vemos á estos hombres tan irreprochables en su conducta, tan desinteresados, y que en los mismos suplicios aseguran que Jesucristo es el verdadero Mesías, tienen derecho para que se les crea: pues se conoce evidentemente que ellos hablan el idioma de la verdad. En fin, entre tantos historiadores á quienes se ha dado crédito en todas materias y aun en sucesos increíbles, dame uno que sea comparable con los apóstoles y evangelistas.

Entremos ya en la prueba de los milagros. Explicaré lo que es milagro, manifestaré su posibilidad, su verdad, y las

consecuencias que se deben sacar de él. Lo primero: milagro es un hecho admirable, y que escede todas las fuerzas de la naturaleza. Dios desde el principio del mundo estableció ciertas reglas para que constantemente se gobernara la naturaleza: como por ejemplo, que todo cuerpo que está en alguna altura faltándole el impedimento que lo detiene venga á su centro: que los astros en tiempo determinado corran un espacio, sin que puedan retroceder en su carrera: y estas son las que los filósofos llaman leyes de la naturaleza: y así para que un hecho sea milagroso, no basta que sea raro y extraordinario; sino que sea contra alguna de las leyes constantes y uniformes de la naturaleza, como es el retroceso del sol en su curso, y la resurreccion de un muerto.

Lo segundo: es una verdad ciertísima, que Dios es el criador, conservador, y gobernador del universo: que es libre en sus operaciones, y que así como estableció este y estas leyes, pudo, y puede muy bien, establecer otras, como que tiene un poder infinito para hacer quanto quisiere, y que todas sus obras son dirigidas por su suma

sabiduría. Pues asentados estos principios innegables, es claro, que los milagros son posibles: porque Dios los puede hacer en uso de su soberanía absoluta é independiente, ya para el ejercicio de su justicia en el castigo del perverso y en la proteccion del inocente: ya para demostrar su bondad en beneficio del necesitado: ya para usar de misericordia en la conversion del pecador: y ya en fin, para intimar á los hombres sus determinaciones en los casos que fueren de su divino agrado. Aun el mismo Rousseau, uno de los mayores incrédulos, confiesa esta verdad por estas palabras. «Dios puede hacer milagros, esto es, puede derogar las leyes que ha establecido: tratar esta cuestion seriamente, seria una blasfemia, si no fuese un absurdo, y al que la resolviese negativamente se le honraria demasiado castigándole, debiendo encerrarse como un loco. (1)

Fel. Las leyes de la naturaleza son eternas é inmutables, y así Dios no puede de-

(1) Lect. de la Montagne pág. 94.

rogarlas: y por consiguiente, no puede hacer milagros.

Vic. Este es un error muy grosero de Voltaire y de la mayor parte de los incrédulos, que viene á parar en negar la existencia de la divinidad; pero todo hombre que no la niega, debe confesar, que Dios es autor y árbitro de la naturaleza, y que por lo mismo puede derogar sus leyes cuando convenga á los fines altos de su providencia.

Fel. Pero siendo Dios inmutable no puede mudar nada de lo que ha establecido.

Vic. El mudar Dios aquellas cosas que determinó no mudar jamas, se opondría á su inmutabilidad; pero el mudar aquellas cosas que desde la eternidad determinó mudar en tal tiempo y en tales circunstancias, es muy conforme á su inmutabilidad: porque así está en el orden de los decretos de su sabiduría infinita.

Lo tercero: los milagros no son solamente posibles, sino efectivos y verdaderos: porque Dios los ha hecho. Demos principio por los milagros de Jesucristo. Para hacer juicio de la fe que merece la historia de los

milagros de Jesucristo, es necesario observar atentamente la naturaleza de ellos, las circunstancias en que sucedieron, el número y caracter de los testigos que los refieren, la impresion que causaron en los espectadores, y finalmente, la opinion que han formado los mismos enemigos del cristianismo.

Lo primero: si atendemos á la naturaleza de los milagros del Salvador, hallaremos, que eran unos hechos extraordinarios, y y enteramente sobrenaturales. Su nacimiento fué celebrado por los ángeles con cánticos celestiales: una estrella resplandeciente condujo á unos sábios desde el oriente hasta la cuna de Jesus: se le ve caminar sobre las aguas, y que al imperio de su voz obedecen las tempestades: con algunos panes y muy pocos peces, sacia millares de personas: ahuyenta á los demonios de las personas de que se habian apoderado: da vista á los ciegos: cura repentinamente á los leprosos: hace andar á los paralíticos: y con una sola palabra resucita á los muertos. Cuando en la cruz exhala el último suspiro, el sol se oscurece: la tier-

ra tiembla: se rasga el velo del templo: salen los muertos de los sepulcros ya resucitados: y hasta en su muerte se manifiesta Señor del universo.

Estos milagros eran de suma importancia. No los hizo Jesucristo para divertir al pueblo, ni para recibir alguna paga de interes temporal, sino para establecer un culto que habia de suceder al de la ley de Moyses, y para fundar una religion en todo el mundo sobre las ruinas de la idolatría. Por consiguiente, estos milagros llamarían forzosamente la atencion de todo, como que se dirigian á echar por tierra las sinagogas de los judios, y los templos de los gentiles.

Jesucristo obró sus prodigios, no como los engañadores en lugares ocultos y llenos de tinieblas, sino en el templo, en las calles, en las plazas y otros lugares públicos de la Palestina, especialmente de Jerusalem, y al mismo tiempo que se juntaba toda la nacion, é innumerables estrangeros á celebrar las fiestas solemnes. No curaba á los enfermos despacio y con medios naturales, sino repentinamente, y con sola su

palabra: y estos mismos enfermos antes y despues de su sanidad, eran conocidos de todos por su nombre, por su oficio, y por el lugar de su residencia. Todos corrian á ver á Lázaro resucitado; tanto, que los gefes de la Sinagoga intentaron quitarle la vida, porque su resurreccion era causa de que muchos judios creyesen en Jesus.

Lo segundo: las circunstancias en que Jesucristo hizo los milagros, alejan toda sospecha de que hayan sido falsos y engañosos. Ademas de haber sido públicos, los hizo á presencia de los sacerdotes, de los escribas, de los fariseos, y de los saduceos. Estos eran los hombres mas ilustrados de la nacion, y eran los mayores enemigos de Jesucristo: porque les reprendia valerosamente sus vicios y sus errores: porque habian decaido mucho de la estimacion del pueblo, que seguia gustosamente á Jesus: y porque temian que si era reconocido por el Mesías, cesaria el culto establecido, y se variaria el orden de las cosas á que ellos debian su fortuna y su consideracion. Pues si los milagros de Jesucristo hubieran sido falsos, estos hombres que tenian en su ma-

no la autoridad y la fuerza, ¿por qué no hicieron informaciones judiciales para descubrir la falsedad, y convencer á Jesus de un impostor y falsario? Á esto los obligaba su oficio, su conciencia, su interes, su envidia, y el odio inveterado que tenían á Jesus. Estas diligencias jurídicas hubieran servido para que todos lo hubiesen abandonado, y para que ellos hubiesen justificado la muerte ignominiosa que le hicieron sufrir en un suplicio. Pues ¿qué pudo haber contenido á los jueces para no haber hecho estas informaciones judiciales tan obvias y tan necesarias? Solo el convencimiento de la verdad de los milagros de Jesucristo, y el temor de no darles un nuevo motivo de crédito y de estimacion.

Fel. Consta por el mismo evangelio, segun S. Juan cap. 9., que los gefes de la Sinagoga hicieron una informacion judicial sobre el hecho de haber dado Jesucristo la vista á un ciego de nacimiento.

Vic. Así fué en efecto; pero esta diligencia los llenó de rubor y de confusion; porque del mismo proceso quedó manifiesta la verdad del prodigio, y así se con-

tentaron con decir que Jesus era infractor de la ley: porque hizo esta curacion en sábado que era dia festivo.

Fel. Los principales judios no confesaron los milagros de Jesucristo. Esto prueba que no los reconocian por verdaderos.

Vic. El no confesar la verdad de un hecho no prueba su falsedad: porque no todos se declaran siempre por la verdad; y mas cuando tienen fines particulares para disimular sus sentimientos. Pero aun cuando los principales de los judios hubieran negado positivamente los milagros de Jesucristo, nada probaria su negacion: porque creyendo ellos que de la exaltacion de Jesus seguiria su propio abatimiento, el apego á los intereses temporales los obligaria á que hiciesen traicion á su conciencia, y faltasen á sus deberes. Esto ha sido siempre muy corriente en el mundo; pero respondiendo directamente, digo: que ellos no se atrevieron á negar la realidad de los prodigios: pues unas veces se contentaban con calumniar á Jesus diciendo, que con estos hechos profanaba la santificacion de los sábados: y otras veces atribuyéndolos al poder del

demonio: con lo que sin querer venian á confesar la verdad de los milagros: diré mas, que cuando los gefes de la Sinagoga se congregaron para juzgar de la sanidad del ciego de nacimiento, muchos de ellos confesaron el milagro diciendo: si este hombre fuera malo, no haria estos prodigios.

Lo tercero: veamos ahora el número y la calidad de los testigos de los milagros del evangelio. Estos son ocho auteres contemporáneos, que ó ya espresamente refieren estos hechos, ó ya claramente los dan por supuestos. De estos ocho, Mateo, Juan, Pedro, Santiago y Judas Tadeo eran del número de los apóstoles, y testigos oculares que acompañaron á Jesucristo en toda su predicacion. Los evangelistas Lucas y Marcos, es probable que fueron del número de los setenta y dos discípulos de Jesucristo, y el segundo, segun creyeron los Padres antiguos, escribió su evangelio por orden de S. Pedro, y en cierto modo dictándole el santo apóstol. Finalmente, Pablo aunque no acompañó á Jesucristo, éste se le apareció despues de su resurreccion, y él vivió con los apóstoles. Por otra parte

se sabe, que en aquel mismo tiempo todos los apóstoles y demas discípulos en número de mas de ochenta, se daban por testigos de los hechos que refieren los historiadores del nuevo testamento: de manera, que los sucesos mas célebres y mas constantes de la antigüedad, no eran tan bien probados como los milagros del evangelio.

Por ejemplo: la historia de Sócrates no tiene por garantes sino á sus dos discípulos Platon y Jenofonte. El hecho de la muerte de Julio Cesar, que segun todos es de la mayor certidumbre histórica, no tiene tan gran número de historiadores contemporáneos.

Fel. Pero ¿como probarás que estos escritores no se pusieron de acuerdo para engañar con su historia á los sencillos é ignorantes?

Vic. Solamente con recordarte lo que te he dicho acerca del caracter y conducta de estos historiadores. Su sinceridad, y la sencillez en las relaciones, la sabiduría en las palabras, la santidad en las costumbres, el desinterés en las empresas, la ingenuidad en referir sus propios defectos, la constan-

cia en los trabajos, el valor en las persecuciones, la fortaleza en derramar su sangre por sostener los hechos de que se dan por testigos, y lo que es mas, la facilidad con que hubieran sido desmentidos por tantos coetáneos, si no hubiese sido muy cierto lo que referian, son calidades que ponen á cubierto de toda sospecha de engaño á los escritores del nuevo testamento. Desafío á la crítica mas refinada á que me convenza, si pueden exigirse requisitos mas recomendables en un historiador, para constituirlo digno de todo crédito. Con esta respuesta creo que queda desvanecida esta suposicion, y quedan probadas suficientemente las calidades de estos escritores.

Fel. Pero ¿qué no podian haber sido engañados por su maestro, ó haberse engañado á sí mismos?

Vic. Habrá habido quien con artificios propios de un ingenio vivo, y de mucha destreza de manos, haya causado unas ilusiones que se hayan creído prodigios. ¿Pero podrán colocarse en esta clase la sanidad repentina de los ciegos de nacimiento, la resurreccion de los muertos, y otros in-

numerables hechos extraordinarios, que esceden las fuerzas de la naturaleza, patentes y repetidos por el largo espacio de tres años consecutivos á presencia de los mismos apóstoles? ¿Podian estos ser unos prodigios aparentes con que Jesucristo hubiese engañado á sus discípulos, ó con que ellos se hubiesen engañado á sí mismos? Es necesario tener el juicio enteramente trastornado para admitir una suposicion tan absurda. Luego los testigos de estos milagros son irrecusables: porque ni han engañado, ni han sido engañados.

Lo cuarto: la impresion que los milagros de Jesus causó en el ánimo de los espectadores, fué poderosa. Por ellos se convirtieron millares de judios y de gentiles, fuertemente adheridos á su religion y á sus supersticiones; tanto, que los mismos fariseos decian: he aquí, que todo el mundo le sigue. Todos estos son otros tantos testigos de estos hechos asombrosos. Los primeros fieles abrazaron el cristianismo, y las primeras iglesias se fundaron por la autoridad de los milagros de Jesucristo, atestiguados por los apóstoles, ó de viva voz, ó por escrito.

Lo quinto: véamos por último la opinion que han formado de los milagros de Jesucristo sus mismos enemigos. Ya te manifesté, que los sacerdotes, escribas y fariseos no se atrevieron á declararlos por falsos. Ademas de esto, ningun escritor de los judios de los primeros siglos de la Iglesia ha osado desmentir á los evangelistas. Si los contemporáneos de Jesus hubieran tachado de falsos sus milagros alegando algun comprobante: los rabinos, herederos de su doctrina, y de su odio al cristianismo, no se hubieran visto reducidos para desacreditar á Jesucristo, á admitir la fábula ridícula de los dos Talmudes de Jerusalem y de Babilonia. En estos libros tan respetables para los judios, se dice grave y seriamente: que Jesus habia hecho milagros porque habia robado el nombre inefable de Dios, que bastaba pronunciarlo para obrar los mayores prodigios. Maimonides, uno de los doctores mas sábios, y de mas autoridad entre los judios, estrechado con el argumento de los milagros de Jesucristo, viene á confesarlos en su respuesta, diciendo: que el Mesías no debia hacer milagros.

La opinion de los gentiles sobre los milagros de Jesucristo y de los apóstoles, se halla en las antiguas apologias del cristianismo, hechas por San Justino, Athenagoras, Tertuliano, Minucio Felix y Orígenes, que hablan con tal confianza de los prodigios del evangelio, como de hechos auténticamente certificados; y aunque se hayan perdido las obras de los antiguos contrarios de la religion cristiana, los fragmentos citados por el dicho Orígenes, Eusebio, San Cirilo Alejandrino, y por S. Gerónimo, bastan para manifestar, que los gentiles nunca disputaron sobre la realidad de los milagros de Jesucristo, y que se contentaban con oponer los prodigios fabulosos de sus falsas deidades.

Celso los confiesa espresamente, atribuyéndolos á la magia: Juliano se explica con un desprecio afectado sobre los enfermos curados en las aldeas de la Betsaida y de la Betania: y Porfirio y otros filósofos ponian á Jesus en el número de los magos, segun refiere Arnobio.

Era tanta la fama de Jesucristo entre los gentiles, que el emperador Tiberio, por

las noticias que le dió Poncio Pilato, propuso al Senado, que se le contase en el número de los dioses. Así lo aseguran Tertuliano, Eusebio, y otros.

Un escritor gentil atribuye á los emperadores Adriano y Alejandro Severo, el mismo intento que á Tiberio, y segun Lampridio, Alejandro Severo quiso colocar la imagen de Jesucristo entre los dioses, y levantarle un templo; pero los agoreros le hicieron desistir de su proyecto, representándole que todo el mundo se haría cristiano, y que los templos de los dioses quedarían desiertos. Adriano, continúa Lampridio, tuvo el mismo pensamiento, y en muchas ciudades se habían edificado por su mandato templos sin ídolos, destinados, segun se cree, á la ejecucion de aquel designio, y que aun se llamaban Adrianeos del nombre de este príncipe, por no estar dedicados á ninguna deidad.

De Calcidio se dice, que en su comentario sobre el Timeo de Platon, habla de una estrella que guió á unos sábios caldeos á los pies de un Dios que acababa de nacer.

Phelegon, liberto del emperador Adriano, hizo mencion del eclipse, ó por mejor decir del obscurecimiento del sol, y de los terremotos que enseñaron el momento en que Jesus espiró: y habla del eclipse como de un fenómeno sin ejemplo: porque en efecto sucedió en tiempo del plenilunio, y lo refiere al año cuarto de la Olimpiada 202, que es el mismo de la muerte de Jesucristo. Thrallo, otro escritor pagano á quien cita Eusebio, había dicho lo mismo. Tertuliano en su apologético asegura, que este portento se vió tambien en Roma, y estaba anotado en los fastos ó registros públicos.

Finalmente, podia yo con facilidad aplicar á los milagros de los apóstoles todo lo que llevo dicho de los prodigios de Jesucristo; pero me contentaré con sola esta razon poderosa tomada de la fundacion de las primeras iglesias del cristianismo. Los primeros fieles creían firmemente que los apóstoles habían hecho milagros, y la veneracion con que miraban el libro de las actas, que contiene la relacion de ellos, y el testimonio espreso de los historiadores

eclesiásticos, no nos permiten dudarlos. San Pablo en sus diferentes epístolas, recuerda á las iglesias que fundó, los portentos que señalaron su predicacion.

He aquí un hecho comprobado, es á saber: la creencia en los milagros de los apóstoles, profesada públicamente en todas las iglesias que habían fundado. No puede tacharse de errónea esta creencia: por cuanto no puede suponerse que en la Palestina, en la Siria, en la Grecia, en la Asia menor, en la Italia, en la España, y en otras partes, una multitud innumerable de hombres se viesen repentinamente, y á un mismo tiempo acometidos de una enfermedad que les privase del uso de la razon y de los sentidos, hasta hacerles creer que veían y oían lo que realmente ni veían ni oían. Luego la fe de las iglesias apostólicas, y su sola existencia, son unas pruebas irrefragables de los milagros de sus fundadores.

De lo dicho resulta, que los milagros de Jesucristo y de sus apóstoles, reúnen todos los géneros de pruebas que constituyen el grado mas perfecto de certidumbre histórica de que cualquiera suceso es

susceptible. Las hazañas de Alejandro, de César y de Pompeyo, tan recibidas generalmente, no tienen tanta autenticidad como ellos.

Fel. ¿Qué consecuencia deduces de los milagros hechos por Jesucristo y por sus apóstoles?

Vic. La consecuencia que infero es, que la religion cristiana viene de Dios, y por lo mismo es divina y verdadera: porque ó Jesus hizo por sí mismo estos milagros, ó no los hizo por sí mismo: en el primer caso, es claro que es Dios; pues solo Dios puede quebrantar las leyes de la naturaleza, y producir unos efectos contrarios á ellas. En el segundo caso, Dios los hizo; pero como los hizo en confirmacion de una doctrina y de una religion que enseña que Jesucristo es Dios, indefectiblemente resulta comprobada su divinidad, é igualmente la santidad, verdad, é infalibilidad de cuanto Jesucristo dijo, y de cuanto mandó que en su nombre predicáran y enseñáran sus discípulos.

Fel. Todas las religiones y sectas se glorían de sus milagros. El paganismo ha te-

nido los suyos; y sin hablar de los muchísimos prodigios que refieren Herodoto, Dionicio Alicarnaseo, Pausanias, Tito Libio, Valerio Máximo, y otros, cuentan con la mayor gravedad Suetonio y Tácito, que Vespasiano curó un ciego en el templo de Serapis, á presencia de todos los habitantes de Alejandría.

Vic. El que todas las religiones se glorien de sus milagros, no prueba que todos sean verdaderos, ó todos sean falsos; sino que todas las naciones están convencidas de que la religion viene de Dios, y de que Dios nada nos revela ó manifiesta, si no es por obras sobrenaturales en las que se conozca la intervencion inmediata de su omnipotencia: y de este principio se han valido los impostores para apoyar sus errores con milagros falsos; lo cual prueba que hay milagros verdaderos.

Con una mediana reflexion se conoce la falsedad de los prodigios que refieren los autores profanos, pues no tienen otro fundamento que el testimonio de un historiador muy posterior á la época del suceso, y que comunmente lo cuenta sin creer-

lo: que no cita testigos, ni comprobante, ni monumentos que testifiquen la verdad de los hechos. Tácito y Suetonio escribian en Roma lo que pasaba en las provincias remotas del Egipto, y por su misma relacion se advierte, que la curacion del ciego fué un fraude inventado para favorecer la pretencion de Vespasiano al imperio.

Fel. Filóstrato dejó una historia circunstanciada de los milagros de Apolonio de Thianea, que tanto asombraron á los gentiles: luego con los milagros nada se convence á favor de la religion cristiana.

Vic. Esta novela se escribió un siglo despues, segun las memorias escritas por un discípulo de Apolonio llamado Damis, de cuya existencia aun se duda. La misma historia manifiesta el empeño de Filóstrato en adular á la emperatriz Julia que tanto apreciaba estas memorias, y de cuya mano él las recibió. Ademas de esto, el mayor prodigio que refiere de Apolonio, es la resurreccion de una doncella romana; pero ya despues la llama especie de resurreccion, y al fin viene á decir, que ni él ni los que

presenciaron el suceso, supieron si la muger estaba realmente muerta ó aletargada.

Entre los filósofos mas instruidos del paganismo, Apolonio tenia la reputacion de un mágico infame: y finalmente, todos esos supuestos milagros se sumergieron muchos siglos ha, en el sepulcro de un eterno olvido y desprecio. Pero á los prodigios de Jesucristo aun se les da fe despues de diez y ocho siglos, y se les dará hasta el fin del mundo.

Fel. En todos tiempos, especialmente en la edad media, ha habido entre los cristianos una multitud de milagros falsos de que abundan las historias, ¿y no podrán ser lo mismo los de Jesucristo?

Vic. Confieso con sumo dolor, que un falso celo, y aun intereses particulares, han inventado una multitud de milagros; pero si los cotejas con los de Jesucristo, hallarás una diferencia imponderable. Los primeros los refieren uno ú otro autor que no tiene los requisitos necesarios para que se le dé crédito: hallan disposicion para creerlos en personas piadosas; pero al mismo tiempo ignorantes y sencillas: no

han hecho el sacrificio de su vida para confirmarlos: no han sido para introducir una nueva religion: rara vez han sido contradi- chos por algun sábio: y últimamente, los mismos cristianos de una mediana instruc- cion, confesando que ha habido milagros ver- daderos en todos los tiempos que lleva de existencia el cristianismo, no dan fe á esos otros muchos que tienen los caracteres de falsos. Pero los milagros del evangelio los refieren muchos autores dignos de todo cré- dito, segun te he demostrado, que derra- maron su sangre para defenderlos: que con ellos introdujeron una nueva religion en to- do el universo, enteramente contraria á las pasiones y á los vicios que reinaban en aquellos tiempos: que los publicaban á pre- sencia de multitud innumerable de enemi- gos poderosos y sábios, en quienes hallaban la mayor oposicion: que estos mismos ene- migos no negaban la realidad de los hechos: y que muchísimos de ellos se vieron precisa- dos á abrazar la religion en cuya confirmacion se hacian, y por la que sacrificaron sus vidas.

CONVERSACION CUARTA.

Fel. Tienes otras razones á favor de la religion cristiana?

Vic. Si las tengo: el establecimiento y propagacion de ella es uno de los fundamentos mas sólidos de su verdad. Abrámos el libro de las actas, y las epistolas del nuevo testamento, y veremos, que apenas habian pasado dos meses de haber muerto Jesucristo, quando repentinamente se presentan los apóstoles, y empiezan á predicar públicamente en Jerusalem. Solamente con los dos primeros sermones de S. Pedro se convirtieron cerca de ocho mil personas. Desde allí se estiende su doctrina por la Judea y por las provincias comarcanas: poco despues penetra en la Grecia, en la Italia, y hasta la remota España. Fundan iglesias en Corinto, en Philipes, en Tesalónica, Éfeso, Antioquía, Isla de Creta,

Ponto, Capadocia, Galacia, Bitinia, y en la misma Roma capital del universo.

El Apocalipsis de S. Juan á fines del siglo primero, ya habla de iglesias gobernadas por obispos en la Asia menor. Á mediados del siglo segundo S. Justino afirma: que en todas las naciones se dan gracias á Dios en nombre de Jesucristo crucificado. Pocos años despues S. Irineo nombra las iglesias de las Galias, de la Alemania, de la Illiberia, del Oriente, del Egipto, y de la Libia. Tertuliano, que vivió á principios del siglo tercero, prueba contra los judios, que el reyno espiritual de Jesucristo era de mas estension que el de Nabucodonosor, de Alejandro, y de los romanos. S. Atanacio en el siglo cuarto, en una epístola sinodal hace mencion de las iglesias de la Inglaterra, de Dalmacia, de Mysia, de Macedonia, de Cerdeña, de la África, y de otras muchas: y en fin, los treinta Concilios que en los tres primeros siglos de la Iglesia se formaron en provincias muy distantes unas de otras, y se compusieron de multitud de obispos, y el de Nicea en el siglo cuarto de 318, dan

una idea bien clara de los rápidos progresos y estension del cristianismo.

Fel. Estas noticias para mí son sospechosas, porque son comunicadas por autores cristianos, que al fin son apasionados.

Vic. Parte de estas noticias constan por las epístolas que los apóstoles escribian á las iglesias establecidas; y es claro que no habian de dirigir cartas á iglesias que no existian; y parte consta por las apologías que los doctores cristianos hacian de su religion contra los enemigos de ella, para quienes los hechos eran tan notorios que no se atrevieron á negarlos; pero no quiero acumular razones, pues solo me basta manifestar que es una verdad esta tan cierta, que en ella convienen los autores gentiles con los cristianos.

Tácito á los treinta años de la muerte de Jesucristo, dice, que habia en Roma una gran multitud de cristianos. En el mismo tiempo Séneca se irritaba de los progresos que hacian en el mundo las costumbres de los cristianos: "Los vencidos, dice, han dado la ley á los vencedores." Plinio el menor, pro-cónsul de Bitinia, escri-

biendo al emperador Trajano á fines del siglo primero, dice: "que las ciudades y los campos de aquella provincia estaban llenos de cristianos de todos rangos y edades, y de ambos sexos." Luciano en el siglo segundo asegura: que en el Ponto, su patria, era muy grande el número de los cristianos. Dion Casio al principio del siglo tercero, confiesa: que el cristianismo era mas fuerte que las leyes que lo prohibian, y que cada día hacia nuevos progresos. Plutarco, Estrabon, Lucano y Juvenal, se lamentan del silencio de los oráculos cuando el cristianismo se iba estendiendo. Porfirio se queja de la falta de proteccion de sus dioses, desde que se empezó á adorar á Jesucristo. Y en fin, los mismos incrédulos se ven obligados á confesar, que ántes de la conversion del emperador Constantino, el evangelio estaba propagado mucho mas allá de los límites del imperio romano, hasta las demas regiones del mundo conocido. Finalmente, la idolatría que era la religion dominante en todo el universo, fué decayendo velozmente, á proporcion que se estendia el cristianismo.

Fel. La religion cristiana en su principio halló acogida solamente entre la gente de la ínfima plebe, que por lo comun es ignorante y muy crédula, y así no prueba la verdad del cristianismo su propagacion.

Vic. Esta objecion, que es una de las principales de los incrédulos, prueba bastante su ignorancia en los hechos históricos. Entre los discípulos de Jesucristo nombra el evangelio á Nicodemus, príncipe de los judios: á José de Arimatea, noble decurion, y como dice el testo griego, noble senador: á Jairo, príncipe de la Sinagoga: á Zaqueo, hombre rico, y gefe de los publicanos ó exactores de tributos: y á otros muchos de un rango distinguido. El libro de los hechos apostólicos, dice: que abrazaron la ley de Jesucristo un gran número de sacerdotes de los judios, y aun muchos fariseos. Lo mismo hicieron muchos personajes respetables, como Cornelio el centurion, el eunuco (de la reina de Candaces, el pro-cónsul Paulo, y Dionisio que era de los principales del Areópago de Atenas.

El cónsul Fabio Clemente, y Domitila su esposa, que murieron mártires por Cristo, eran parientes del emperador Domiciano. Plinio gentil, dice, que en Bitinia habia cristianos de todas clases y condiciones: y el emperador Valeriano en uno de sus rescriptos espresa: que habian abrazado el cristianismo senadores y mugeres de la primera nobleza. Finalmente, son una prueba evidentísima de que la Iglesia en sus principios no estaba compuesta de solos hombres plebeyos é ignorantes, los monumentos de sabiduría que nos han quedado de los dos primeros siglos; tales son las cartas de S. Clemente romano, de S. Ignacio, y de S. Policarpo: los escritos de Hermas, de S. Justino, de S. Irineo, de Atenágoras, y aun pueden contarse los del sapientísimo Tertuliano, que floreció al fin del siglo segundo y principios del tercero; sin hablar de Cuadrato, de Arístides, de Meliton, y de otros muchísimos cuyas obras se han perdido.

Fel. La religion de Mahoma se propagó en poco tiempo en casi toda el Asia, en la mayor parte de la África, y en mucha parte de la Europa; y con todo esta

religion es falsa: luego la propagacion y rápidos progresos del cristianismo, no prueban su verdad.

Vic. Los que forman este argumento, ó carecen de las noticias de la historia, ó de los principios de discurrir, ó se resuelven á cometer una enorme injusticia. Ninguna comparacion puede haber entre la propagacion del mahometismo, y la de la religion cristiana: Mahoma era un impostor que no autorizó su doctrina ni con milagros, ni con señal alguna con que manifestase que venia de parte de Dios. Él era astuto, valiente y atrevido, que condujo por todas partes un ejército victorioso: su secta es un conjunto de fabulas ridiculas, de absurdos y de contradicciones, y que abre la puerta á la ambicion y á los deleites mas groseros, con la poligamia, y con su paraiso fabuloso y carnal. Él mismo dijo en su libro monstruoso llamado Alcoran: "yo he venido, no para hacerme seguir con la autoridad de los milagros, sino con la de las armas." Sus mismos partidarios se ven obligados á confesar sus violencias, sus estragos, sus injusticias, y la libertad escandalo-

sa que concedia á sus primeros discípulos para todos los vicios y desórdenes. Avicena y Aberroes, los dos mas doctos de la morisma, aseguraron francamente en sus libros, que Mahoma habia enseñado la bienaventuranza de los cuerpos, no la de las almas: que habia amado la de los brutos, y que su ley no era para hombres, sino para puercos. Diré en compendio: Mahoma introdujo y propagó su religion con la punta de la espada, y con la licencia para los placeres carnales.

Voy á hablarte ahora de los medios con que se introdujo y se estendió el cristianismo, para que veas la infinita diferencia que hay entre su propagacion y la del mahometismo, y para que palpando tú con evidencia la imposibilidad de lograr una empresa tan alta con medios tan improporcionados, te convenzas de que en el establecimiento y propagacion de la religion cristiana, intervino la operacion de una mano omnipotente.

Comencémos por los predicadores de esta religion. Estos son doce pescadores del lago de Tiberiada, que no habian fre-

cuentado las aulas de la sabiduría, ni estudiado alguna ciencia. Eran hombres plebeyos, pobres, desarmados, sin protección ni favor de los sabios, de los ricos, ni de los potentados del mundo. El único que les servía de apoyo era su maestro; pero este acababa de terminar su vida en un suplicio. ¿Juzgarías que estos sujetos fueran idóneos para un proyecto de alguna consideración? Pues ellos concluyeron felizmente la empresa mas asombrosa que han visto y verán jamás los mortales: tal fué la de desarraigat y extinguir supersticiones ciegas, arruinar templos, altares é ídolos de que estaba llena toda la tierra; esterminar la idolatría, que estaba dominante por la série de muchos siglos; arreglar costumbres muy corrompidas, y mudar enteramente el semblante del universo, substituyendo al imperio de la carne y de las pasiones, una monarquía del todo espiritual, y desconocida hasta aquella época.

¿Pero podrá atribuirse el establecimiento del cristianismo á la buena disposición de los pueblos á quienes se le anunciaba? De ninguna manera. Los judios jamas es-

tuvieron mas adheridos á la ley de Moyses, que en el tiempo de la predicacion de los apóstoles; segun consta por el nuevo testamento y la historia de Josefo de Jerusalem. Es tambien muy cierto, que los judios miraban el culto cristiano como incompatible con el de Moyses; tanto, que este fué el pretexto de que se valieron para perseguir y crucificar á Jesus. Á los apóstoles tampoco se les culpaba de otro delito que de querer abolir la antigua religion.

Respecto de los gentiles tampoco halló el cristianismo buena disposición. Esta era una religion que habia nacido en un pais despreciado por las naciones ilustradas: proscripta en el mismo lugar de su origen: difamada por el suplicio de su fundador: austera en sus preceptos, é incomprendible en sus dogmas: predicada por hombres al parecer despreciables, y que ofrecia á sus sectarios por objeto de su adoracion y modelo de su conducta á un Dios que habia espirado en un patibulo cubierto de oprobio y de ignominia.

Con estas calidades ¿encontraría esta religion disposición favorable entre los ju-

dios sus enemigos acérrimos? ¿Entre los griegos tan orgullosos y envanecidos con su filosofía, ó entre los romanos, que creían deber á sus dioses la posesion del imperio del universo?

Fel. En el tiempo que comenzó á predicarse la religion cristiana, ya estaba desacreditada la idolatría, tanto, que los filósofos, los oradores, y los poetas se burlaban de ella públicamente: y así no es estraño que los espíritus débiles que no pueden vivir sin alguna religion, abrazasen el cristianismo.

Vic. La idolatría en aquel tiempo era la religion del imperio romano: las fiestas, los pontífices, y las ceremonias del culto, eran parte del gobierno público. Estaban en todo su vigor, las leyes que bajo de las penas mas severas prohibian la introduccion de nuevos cultos, y la prueba decisiva es, que los emperadores espedian edictos contra los cristianos, mandándolos perseguir y esterminar con los tormentos mas crueles é inauditos: y las autoridades públicas se empeñaban furiosamente en el cumplimiento de estos mandatos. La gente po-

pular, que era imponderablemente mas numerosa, no estaba desengañada de la falsedad de la idolatría, y antes bien estaba tenazmente adherida á ella; y si algunos sábios se habian convencido de esta falsedad, otros muchísimos estaban imbuidos en las supersticiones del gentilismo, de que se declararon defensores, y enemigos capitales del evangelio, como Celso, Porfirio, Jámblico, Lebanio, y el emperador Juliano.

Pero en el caso de que los gentiles hubieran abandonado la idolatría por propio convencimiento de su falsedad, se habrian precipitado en el ateismo, negando la existencia de la divinidad. Y si por debilidad de espíritu hubieran querido vivir en alguna religion, se habrian fraguado otra que lisongeara sus pasiones, por la inclinacion que tiene el hombre á solicitar ansiosamente la amplitud de su libertad; pero de ninguna manera hubieran abrazado por puro capricho el cristianismo: porque este declara una guerra rigurosa é incesante á todo lo que pueda halagar las pasiones: manda la mortificacion de los sentidos del cuerpo, y de las potencias del alma: or-

dena imperiosamente al hombre que se renuncie á sí mismo: que ame las humillaciones: y que viva crucificado con todos sus actos y sus deseos. ¿Es creíble que esta religion tan rígida, y tan austera en sus preceptos, cuyos misterios son tan incomprensibles por su alteza y su oscuridad, la admitieran los hombres por mero antojo, en lugar del pagauismo que daba la licencia mas desenfrenada para todos los vicios, y para el desahogo de todas las pasiones, y que permitia á sus sectarios el orgullo y la vanidad por su sabiduría terrenal? Esto es enteramente increíble.

Fel. Los sábios y los filósofos gentiles dieron reglas muy útiles y muy proporcionadas para la buena conducta y direccion de la vida de los hombres, y las historias hacen relacion de muchos paganos tan virtuosos, que han sido el objeto de la admiracion y de los elogios aun de los mismos cristianos. Luego no reinaba tan generalmente la corrupcion de las costumbres en el gentilismo.

Vic. Esos sábios y esos filósofos, aunque respetables por la estension de sus co-

nocimientos y de sus luces en muchas materias, no llegaron á conocer el origen de la corrupcion del corazon humano: y de ahí es, que no supieron aplicar los medicamentos eficaces para curar las enfermedades del espíritu. Se dividieron entre sí en establecer la bienaventuranza del hombre. Unos la hacian consistir en los placeres, otros en las riquezas, otros en los honores, y otros en otras cosas que servian para engañar mas á los hombres y estraviarlos mas del camino de la verdadera felicidad. Es cierto que ellos hablaron de máximas saludables de moral: parte que trajeron su origen de la verdadera religion, que fué la primitiva del mundo, y fueron trasmitiéndose de padres á hijos por el órgano de la tradicion: parte que es de presumir fundadamente aprendieron de los libros y de la comunicacion de los judios, á quienes el mismo Dios las enseñó: y parte que les dictaba la razon natural, cuyas luces no se habrían estinguido enteramente en ellos. Pero nunca formaron un cuerpo completo de reglas de moral; y ántes bien, los mas sábios dieron en el precipicio de los errores mas groseros.

Sócrates, reputado por el maestro de las virtudes, asentó: que las mugeres propias fuesen comunes á todos: regla que siguieron Caton honra de Roma, y Platon oráculo de la Grecia. Licurgo aprobó á los espartanos cualquiera hurto, aun el mas dañoso, con tal que se ejecutase con artificio y con secreto. Solon permitió á los atenienses libres, y no á los esclavos, la lascivia mas nefanda. El gran filósofo Aristóteles enseñó: que las madres en caso de pobreza deben procurar el aborto, y abandonar á los hijos que nacieron defectuosos. Séneca, que escribió máximas admirables de moral, celebró con mucha facundia el furor con que el hombre despechado se da la muerte á sí mismo por no sufrir las adversidades de la vida. Finalmente, Salustio, Tácito, Julio, Plinio, y otros que han sido tenidos por prodigios de sabiduría, alabaron la persecucion de los enemigos, la venganza de las injurias, y la ambicion de la gloria mundana.

De esta primera respuesta á tu argumento, se deduce claramente la segunda. Porque si los mas sábios de los gentiles no dictaron

un conjunto de reglas capaces de formar un corazon perfectamente virtuoso; y antes bien, establecieron muchas máximas falsas, erróneas, perniciosas y detestables: es un absurdo creer que en el paganismo hayan existido hombres enteramente virtuosos. Es verdad, y yo lo confieso de buena fe, que entre los gentiles se practicaron muchas virtudes morales, y aquellos que se distinguieron de un modo particular en el ejercicio de algunas, se hicieron acreedores á los elogios que se les han tributado. Porque esto era cuanto se podía esperar de unos hombres nacidos y criados en una religion llena de supersticiones, que abria la puerta á los vicios mas abominables, y aun pretendia santificarlos consagrando honores de divinidad á un Marte ven-gativo, á un Baco ébrio, á un Júpiter adúltero, á una Venus lasciva, y á otras personas criminales que existieron realmente, ó fueron fugidas.

Pero ¿qué errores, qué falsedades, qué aprobaciones del vicio se encontraron en la doctrina del evangelio? Toda ella por todas partes respira san-tidad; contiene leyes admirables de humil.

dad en la exaltacion: de paciencia en las adversidades: de castidad en las tentaciones de la carne: de misericordia con los infelices: de beneficencia con los necesitados: de generosidad en perdonar las injurias: de gratitud por los beneficios: de obediencia á los padres y superiores: de amor á todos los prójimos, aunque sean los enemigos mas fieros y mas rabiosos: y en fin, de un culto puro y santo, y de un amor reverente y filial para con Dios, que es infinitamente amable en sí mismo, por ser infinitamente bondadoso: y que es infinitamente amable para con nosotros; pues de él hemos recibido la existencia, quanto somos, y quanto tenemos. Pero ¿para qué me canso en discurrir, si los mismos filósofos incrédulos, enemigos encarnizados del cristianismo, se ven obligados á confesar la santidad de esta doctrina? He aquí las palabras de Rousseau, el mas autorizado entre ellos: "Os confieso que la magestad de las escrituras me pasma: la santidad del evangelio habla á mi corazon. Leed los libros de los filósofos con toda su pompa, y los hallareis pequeños comparados con

este." La misma santidad de la doctrina evangélica, es otra prueba incontestable de la santidad, de la divinidad de su autor, y de la virtud de su religion. Para omitir discursos, te referiré las otras palabras del citado filósofo de Ginebra, que prueban bastantemente mi asunto por su mucha solidez, y por haber salido de la boca de un contrario tan declarado del cristianismo. Dice pues á continuacion.

„¿Es posible que un libro tan sublime en todo, y tan claro, sea obra de los hombres? (habla del evangelio) ¿Es posible que el héroe de quien hace la historia, sea un puro hombre? ¿Su estilo es el de un fanático, ó el de un sectario ambicioso? ¿Qué suavidad! ¿qué pureza en sus costumbres! ¿qué gracia tan escitante en sus instrucciones! ¿qué elevacion en sus máximas! ¿qué profunda sabiduría en sus discursos! ¿qué magestad de espíritu! ¿qué delicadeza, y qué justicia en sus respuestas! ¿qué dominio sobre sus pasiones! ¿Donde está el hombre? ¿Donde el prudente, que sabe obrar, sufrir y morir sin cobardía y sin ostentacion? Cuando Platon pinta á su justo imaginario cubierto de

todo el oprobio del crimen, y digno de todos los premios de la virtud, dibuja rasgo por rasgo á Jesucristo. La semejanza es tan propia, que todos los padres la han advertido, y no es posible engañarse. ¿Qué preocupaciones, qué ceguedad no es menester para comparar al hijo de Sofronisco con el hijo de María! ¿Qué distancia de uno á otro! Sócrates, muriendo sin dolor, sin ignominia, sostuvo con facilidad hasta el fin el carácter de su persona: y si esta fácil muerte no hubiera honrado su vida, se dudaría si Sócrates con todo su entendimiento había sido un sofista. Se dice, que inventó la moral: otros la habían practicado mucho ántes; no hizo otra cosa que decir lo que ellos habían hecho, ni mas que poner en lecciones sus ejemplos. Aristides había sido justo, antes que Sócrates dijese qué era justicia. Leonides había muerto por su país, antes que Sócrates hubiese hecho el amor de la patria una obligación. Esparta era sóbria antes que Sócrates hubiese alabado la sobriedad, y antes que hubiese definido la virtud, abundaba en hombres virtuosos la Grecia: pero Jesus ¿donde ha-

bia tomado entre los suyos esta moral pura y sublime, de la que él solo fué el maestro y el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo se escuchó la mas alta sabiduría, y la nobleza de las mas heroicas virtudes honró al mas vil de todos los pueblos. La muerte de Sócrates, filosofando tranquilamente con sus amigos, fué la mas dulce que pudo desearse: la de Jesus espirando en los tormentos, injuriado, burlado, maldecido de todo un pueblo, es la mas horrible que se puede temer. Sócrates, tomando el vaso de veneno, bendice al que con lágrimas se lo presenta. Jesus, enmedio de un suplicio espantoso, ruega por sus verdugos crueles. Á la verdad, si la vida y la muerte de Sócrates son de un sábio, la vida y la muerte de Jesus son de un Dios. ¿Dirémos que la historia del evangelio es inventada por el gusto? Á fe que no es esta obra de la invencion: y los hechos de Sócrates, de quien nadie duda, están menos testificados que los de Jesucristo: y decir lo contrario, es huir la dificultad sin destruirla. Es mucho mas difícil entender que muchos hombres de acuer-

do hubiesen formado este libro, que el que uno solo hubiera dado la materia para su composicion. Nunca los autores judios hubieran encontrado este estilo ni este moral, y el evangelio tiene unos caractéres tan grandes de la verdad, tan en el todo inimitables, y tan admirables, que el inventor de él sería mas digno de admiracion que su héroe."

Ve aqui como hasta este incrédulo obstinado cuando reflexiona desapasionada y sériamente sobre la magestad, sublimidad, y santidad del evangelio, no quiere que se tenga por obra de los hombres. Y cuando fija los ojos sobre la suavidad y pureza de las costumbres de Jesucristo, la elevacion en sus máximas, la profunda sabiduría en sus discursos, la magestad de su espíritu, y la justicia en sus respuestas, da bien claro á entender, que este conjunto de prendas tan recomendables constituyen á Jesus mas que puro hombre; y atendiendo á las circunstancias de su vida y de su muerte, confiesa terminantemente que son de un Dios.

Quisiera yo que los filósofos incrédulos discípulos de Juan Jacobo Rousseau, que lo veneran como á un oráculo, y que tanto

se jactan de ser defensores de la razon, advirtieran atentamente lo que dice su maestro en este pasage, y las razones que alega para decirlo: razones que por su peso cayeron de su pluma en el papel, y que arrancó de su boca la fuerza de la verdad; pero no quisiera yo que lo imitaran en sus inconsecuencias; pues cuando advierte la incomprendibilidad de los misterios del evangelio, ya no admite este libro como divino, y ya no reconoce por Dios á Jesucristo.

Finalmente, es mas difícil conquistar los corazones para formar una monarquía espiritual sobre las ruinas de los vicios y de las pasiones, que tanto dominan el espíritu de los hombres, que conquistar un reino temporal. Y si para la conquista de éste se levantan tantos ejércitos, y se hacen tantos preparativos de armas y de municiones, véamos cuales fueron los ejércitos, y cuales las armas con que se fundó el imperio espiritual de Jesucristo en todo el universo.

Ya te he dicho lo que es constante, que fueron doce pobres pescadores del lago de

Tiberiada. Conque solamente me resta hablar de las armas. Estas fueron los milagros y la práctica de todas las virtudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad: porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creían y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

CONVERSACION QUINTA.

Vic. **E**sta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las mas crueles, escitadas con edictos sanguinarios por los emperadores romanos Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Valeriano, Aureliano y Dioclesiano. Los gobernadores de las provincias añadían crueldades esquisitas al rigor de las leyes imperiales. En toda la vasta estension del imperio, un populacho supersticioso y feroz pedía á gritos la sangre de los cristianos, y sus tormentos entraban en parte de los espectáculos y juegos públicos. Aun conviniendo en que se haya exagerado el número de los mártires en algunas historias particulares; limitémonos á los documentos originales, á los escritos de los contempo-

Tiberiada. Conque solamente me resta hablar de las armas. Estas fueron los milagros y la práctica de todas las virtudes de que ya hemos tratado, y la humildad, la paciencia, la fortaleza, y la constancia con que sufrieron toda clase de desprecios, de injurias, de persecuciones y de tormentos, con que terminaron su vida, subiendo á los suplicios con alegría y serenidad: porque se juzgaban dignos de padecer por el nombre y la causa de Jesus. Sacrificios que no hubieran hecho, si no hubiesen estado plenamente convencidos de las verdades que creían y predicaban, y si no hubiesen estado animados y fortalecidos del espíritu de Dios. El martirio de los apóstoles, de sus discípulos, y de tantos millares de cristianos, es otro de los fundamentos mas sólidos y mas poderosos de la verdad del cristianismo.

CONVERSACION QUINTA.

Vic. **E**sta religion desde su cuna ha sido el blanco de las persecuciones mas violentas. Diez de estas fueron generales, y las mas crueles, escitadas con edictos sanguinarios por los emperadores romanos Neron, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Severo, Maximiano, Decio, Galo, Valeriano, Aureliano y Dioclesiano. Los gobernadores de las provincias añadían crueldades esquisitas al rigor de las leyes imperiales. En toda la vasta estension del imperio, un populacho supersticioso y feroz pedía á gritos la sangre de los cristianos, y sus tormentos entraban en parte de los espectáculos y juegos públicos. Aun conviniendo en que se haya exagerado el número de los mártires en algunas historias particulares; limitémonos á los documentos originales, á los escritos de los contempo-

ráneos como son Tertuliano, S. Cipriano, Lactancio, y Eusebio de Cesarea, y á las actas auténticas que han llegado hasta nosotros, y hallaremos, que en los tres primeros siglos de la Iglesia dieron su sangre por Jesucristo en todo el orbe once millones de mártires, y los que sufrieron la muerte en sola Roma se computan en tres millones: de suerte que si se distribuye este número asombroso, corresponden á cada dia de los trescientos años mas de treinta mil mártires. Entre estos se cuentan treinta y tres romanos pontífices, la mayor parte de los obispos, y de los sacerdotes y personas de todas clases y de todas condiciones, aun niños de pocos años, y doncellitas delicadas.

Pero ¡oh disposiciones admirables de la Providencia divina, cuan contrarias son á los juicios falibles de los hombres! Dijo el profeta Sofonias: (a) »Esto les sucederá por su soberbia, porque blasfemaron y se exaltaron sobre el pueblo del Dios de los ejércitos. El Señor se manifestará terrible sobre ellos: esterminará todos los dioses de

(a) *Soph. cap. 2 V. 10 et 11.*

la tierra, y á él le adorarán los hombres en su respectiva pátria, y todas las naciones de los gentiles." Así lo vemos verificado al pie de la letra. Los emperadores que estaban sentados sobre el trono del universo, todos los príncipes y todos los pueblos preparaban en todas partes los potros, los ecúleos, las catastas, las hogueras, y las fieras mas devoradoras, y levantaban todo género de suplicios para aterrar á los cristianos, y para hacerlos espirar en medio de los tormentos mas crueles y horribrosos. Se apuraban todos los arbitrios de la tiranía y de las astucia para apartar á los fieles de su creencia, y se pusieron en movimiento todos los resortes para extinguir el culto cristiano, y para sumergir en el sepulcro de un olvido eterno el nombre de Jesucristo.

Pero ¿qué sucedió? todo lo contrario. La sangre de los mártires era una semilla fecunda que producía nuevos cristianos, segun la espresion de Tertuliano, testigo ocular. Decia S. Agustin: "La tierra se llenó de mártires, que como simiente de sangre, dió á la Iglesia frutos abundantes. Los

tiranos y los verdugos querían acabar con pocos cristianos: derramaban su sangre; pero de esta misma se levantaron otros muchísimos, por quienes fueron vencidos; mas ahora ya buscan en donde esconder los ídolos, por cuya defensa destruían á los cristianos."

Así ha sido en efecto: los adoradores del Dios crucificado, despues de haber sufrido con paciencia invencible todos los golpes de una persecucion sanguinaria de mas de trescientos años, sin armas, sin ejércitos, sin levantar conspiraciones, ni valerse de los medios de la violencia, vencieron á todo el universo. Decía S. Agustin: "Cristo domó el orbe no con la espada, sino con la cruz." El emperador Constantino sucesor de tantos perseguidores furiosos del cristianismo, rindió la cerviz al yugo suave del evangelio, y se constituyó su defensor. Desde aquella época se vieron erigir en todas partes templos á Jesucristo, y arruinar la multitud innumerable de los que estaban consagrados á las falsas divinidades. La idolatría, dañante hasta entonces, huye precipitada á buscar algun asilo en los lugares mas ocul-

tos, y en las estremidades de la tierra: y el cristianismo, tan perseguido constantemente, es admitido con toda solemnidad por sus mismos enemigos, que lo proclaman y lo sostienen como única religion del inmenso imperio romano. He aquí, que la cruz de Jesucristo que habia sido despreciada como una señal de ignominia, los monarcas la colocan sobre sus coronas como un trofeo el mas honorífico y glorioso. Se cumplió el vaticinio de David: (a) "Se levantaron los reyes de la tierra, y los príncipes se conjuraron unánimemente contra el Señor, y contra su Cristo." Pero tambien se cumplió su otra profecía. Dijo Dios hablando con su hijo divino, hecho hombre por los hombres: (b) "Pídeme, y te daré en herencia todas las naciones, y por posesion te daré los términos de la tierra."

Fel. Las demas religiones por absurdas que hayan sido cuentan tambien sus mártires, y así, ó estas tambien han sido verdaderas, lo que tú no has de conceder, ó

(a) *Psalm.* 2. *V.* 2.

(b) *Psalm.* 2. *V.* 8.

el martirio de los cristianos no prueba la verdad de su religion.

Vic. Muchas razones me ocurren con que desvanecer tu argumento. En primer lugar, verdaderos mártires solamente los ha habido entre los judíos que antes de la venida de Jesucristo profesaban la religion verdadera, y entre los cristianos. Solo uno se halla entre los paganos á quien se le puede llamar mártir, que fué Sócrates, que perdió la vida por haber defendido la unidad de Dios. Pero éste aunque gentil, no debe considerarse como mártir de una religion falsa, sino mártir de una verdad fundamental de la religion verdadera. Pero aun concediendo que las otras religiones hayan tenido sus mártires, en nada pueden compararse con los del cristianismo.

Ellos han sido pocos en número, y han sido hombres fuertes y robustos. Ya sentenciados á muerte no estaba en su arbitrio librarse de ella: han padecido suplicios comunes y breves: han manifestado en ellos tristeza y aun furor: y su constancia era mas bien hija de la soberbia con que querian ostentar fortaleza y magnanimidad,

que efecto de la paciencia. Pero ¿pueden diversos han sido en todo los mártires del cristianismo? Ya te he hablado acerca de su asombrosa multitud. Entre ellos se cuentan ancianos débiles de una decrepitud muy avanzada: niños por su edad muy tímidos, que apenas habian dado los primeros pasos en la carrera de la vida: doncellas que por su naturaleza de todo se asustan y se aterran. Se les ofrecia la vida y aun premios con tal que renunciassen su fe, y se les amenazaba con los tormentos y la muerte si permanecian constantes en su creencia; pero ellos perseverando firmes, caminaban animosos á los patibulos: sufrían los tormentos mas crueles y aun dilatados por mucho tiempo, hasta morir con una paciencia y con una alegría verdaderamente asombrosas: é imitando á Jesucristo, rogaban á Dios por sus mismos verdugos: y en fin, muchísimas veces se les vió desafiar á la muerte, presentándose ante los tiranos para reprenderles las persecuciones contra la Iglesia, y la crueldad contra los cristianos.

Mira otra diferencia bien notable. Di-

me, ¿qué es mas fácil, engañarse en el conocimiento de la verdad, cuando ésta se pretende inquirir por puro discurso de uno ú otro, ó engañarse en el conocimiento de la verdad, cuando ésta se está manifestando por un hecho evidente y notorio á muchos?

Fel. Es claro que es mas fácil lo primero: porque muchas veces se presenta al entendimiento humano una cosa falsa con razones aparentemente verdaderas, y como es tan limitado y tan susceptible de errores, forma un juicio enteramente errado; especialmente cuando la cosa es conforme á las inclinaciones; de suerte, que parece que los hombres á veces mas discurren con la voluntad, que con el entendimiento. De aquí es, que unos tienen por verdadero lo que otros juzgan por falso: y así hemos visto que en todos los siglos hombres de grandes talentos y de sabiduría admirable, han caído en los errores mas groseros sobre todas materias. Pero cuando un hecho se presenta con evidencia, ésta da un golpe de luz en los ojos del hombre, que le hace ver y palpar la verdad; y aunque respecto de

uno ú otro pueda haber error acerca de la evidencia, no puede haberlo respecto de muchos acerca de un mismo hecho.

Vic. Con tu mismo discurso pretendo convencerte de la diferencia notable que hay entre los mártires de las otras religiones y los del cristianismo. Aquellos perdieron la vida por opiniones y sistemas especulativos, en que el hombre puede errar y encapricharse tenazmente; pero los cristianos se sacrificaron por sostener su religion, que está apoyada en las razones poderosas que te he espuesto, y otras muchas, y en unos hechos evidentes y notorios. Estos son los milagros que Jesucristo hizo en presencia de sus apóstoles: los que estos hicieron delante de innumerables gentes: y los que hicieron sus discípulos y otros muchos fieles que eligió Dios como instrumentos de su omnipotencia, para confirmar y establecer su religion. Estos hechos eran tan claros y evidentes, que ni aun los enemigos del cristianismo se atrevían á negarlos; y antes bien con ellos se alentaban muchísimos á abrazar la religion de Cristo, y á sostenerla con la efusion de

su sangre. Pues esta voluntad, esta fortaleza, esta constancia, y esta alegría con que innumerables millares de hombres y de mujeres de todas condiciones y de todas edades sacrificaron su reposo, su libertad, sus bienes y su vida, puede ser efecto de la ilusión, del fanatismo, y del capricho, como dicen los incrédulos? Qué ceguedad, y qué injusticia! Cualquiera hombre que se deje conducir de la recta razón, se convence plenamente de que los mártires han sido fortalecidos por la mano todopoderosa de Dios, y que por consiguiente, la religión que ellos sostuvieron tiene todos los caracteres de verdadera y divina: tanto, que muchas veces los verdugos enfurecidos contra los mártires, reconocieron en su fortaleza y en su paciencia la divinidad del cristianismo, y abandonando la idolatría se hicieron compañeros de su fe y de su martirio.

Fel. Si el martirio de los cristianos es una prueba tan convincente de la verdad de su religión, como es, que al mismo tiempo que ellos estaban derramando su sangre, del mismo seno del cristianismo

salieron tantos que se declararon contra él como Cerinto, Ebion, Basílides y otros?

Vic. Que el cristianismo haya tenido enemigos nada prueba contra su verdad, porque ¿qué sistema por verdadero y fundado que sea no tiene sus contrarios? Y muchas veces lo son aquellos que eran sus secuaces.

Esos hereges que me citas no eran propiamente cristianos, sino unos filósofos encaprichados en sus visiones metafísicas. Observaban el grande crédito que iba adquiriendo la religión cristiana, y pretendían acomodarla á sus sistemas para darles mas estimación: pero como veían que la doctrina evangélica era incompatible con sus proyectos, la interpretaban contra su verdadero sentido: de lo que salían sistemas absurdos y monstruosos.

Pero voy á tomar el empeño de darle mas fuerza á tu objeción, para sacar de ella misma otro fundamento de la verdad del cristianismo. Este es la permanencia de la Iglesia católica hasta la época presente. En los siglos posteriores han ido saliendo del seno de esta Iglesia enemigos terribles que

enarbolando el estandarte de la rebelion le hicieron la guerra mas cruel.

Haré mención de algunos de los principales que se levantaron despues de las persecuciones movidas por los emperadores romanos. En el siglo cuarto Arrio negó la divinidad de Jesucristo: Macedonio negó la divinidad del Espiritu Santo. En el siglo quinto, Pelagio negó la necesidad de la gracia para las obras buenas: Nestorio defendió que hay dos personas en Cristo: Eutiques aseguró: que se habian confundido las naturalezas divina y humana en Jesucristo. En el siglo séptimo, Pirro y Sergio afirmaron: que en Jesucristo no hay mas que una voluntad. En el siglo octavo, el emperador Leon Isaúrico abrazó el error de Jenaías contra el culto de las santas imágenes, declarando á las iglesias del oriente una guerra sangrienta, que sostuvieron por el espacio de ciento y veinte años cinco de sus sucesores. En el siglo nono, Focio patriarca iatruso de Constantinopla, levantó un cisma con que separó á la Iglesia griega de la latina. En el siglo décimo esto, Lutero y Calvino renovaron muchos de los

errores antiguos que ya estaban estinguidos, y añadieron otros muchísimos: y finalmente, si abrimos las historias eclesiásticas, hallaremos que han sido mas de trescientos los heresiarcas que con sus escritos, con sus seducciones, y con el auxilio de personas poderosas, y aun de príncipes, de reyes, y de emperadores, han combatido furiosamente contra la Iglesia católica.

Ellos en efecto, han conseguido separar de este gremio á innumerables gentes, y á muchas provincias y reinos. Pero ¿han logrado con sus errores, con sus cismas, con sus persecuciones y con sus guerras; arruinar esta monarquía espiritual? Los ruidosos imperios de los asirios, de los persas, y de Alejandro Magno, con todo aquel poder con que se hicieron formidables á todo el mundo, y con que intentaron conservarse, tuvieron que ceder á la condicion de las cosas humanas. El primero duró trece siglos, el segundo poco mas de uno, y el tercero espiró con su mismo fundador.

El famoso imperio romano que pudo llamarse el imperio del universo, que con

todo su esfuerzo persiguió á la Iglesia por mas de trescientos años, á los cinco siglos de su fundacion acabó de representar su papel en el teatro de los imperios. El imperio poderoso de los griegos, que con su cisma escandaloso se separó de la comunión de la Iglesia romana, á los diez siglos y medio de su ser terminó su existencia con la invasión de los turcos. Y en fin, otros reinos y repúblicas aunque hayan permanecido por mas tiempo, pero á la vuelta de algunos años han variado totalmente su sistema de gobierno, como ha sucedido en la Europa en nuestros dias, y en particular en la Francia, que siendo uno de los estados mas antiguos, lo vimos en veinte y dos años mudarse de reino en república, de república en imperio, y de imperio otra vez en reino. De las mismas heregías antiguas no han quedado sino unos restos miserables, y aun del arrianismo que se estendió casi por todo el orbe. Pero la Iglesia perseguida siempre no solamente de enemigos externos, sino de contrarios domésticos que son mas terribles, ha permanecido por diez y ocho siglos; y aunque ha hecho varia-

ciones en los puntos de pura disciplina, segun la exigencia de los tiempos y de las circunstancias, conserva intacto el depósito de la fe, el uso de los sacramentos, y todo lo concerniente al culto de la religion: y ha mantenido hasta la época presente el órden gerárquico de papas, de obispos, de sacerdotes y demas ministros. Aun diré mas: la Iglesia ha resarcido sus pérdidas con notables ventajas. Su fe ha sido á manera de aquellas llamas que en lugar de extinguirse con los vientos, mas se encienden y se dilatan. En los tres siglos, ó poco mas, que duró la tempestad que escitaron contra la Iglesia los arrianos, los nestorianos, los eutiquianos y los monotelitas: abrazaron el cristianismo los celtas, pueblos de las Galias, los indios mas interiores, los armenios, los bessos, los borgoñeses, los sarracenos, los escoceses, los franceses, los ausimitas, los boyardos, los bábaros, los ingleses, los irlandeses, los alemanes y los persas.

En el otro siglo, ó poco despues, en que se enfurecieron mas los iconoclastas, se alistaron bajo las banderas de la fe los dacos, los metanastos, los yacigos, y gran

parte de los esclavones, de los danos, de los hunnos, de los suevos, de los godos, de los esvetos, de los bohemos, y de los búlgaros.

Luego que los griegos se revelaron contra la Iglesia romana, se le sujetaron humildemente los morabos, los dálmatas, los rascos, los servios, los croatos, los pomeranos, los normandos, los noruegos, los úngaros, los lituanos, los libones, los polacos, los prusianos, y mucha parte de la África con las Canarias, los reinos de Benti-nino, de Angola y de la Guinea, y otras muchas gentes.

Cuando en el siglo diez y seis el furor rabioso de Lutero, de Calvino, de Suinglio, y otros, hacian todos sus esfuerzos para arruinar el edificio suntuoso de la Iglesia católica, causándole tantos daños y estragos, se agregaron á ella iluminados con las luces de la fe, parte del Asia y este nuevo mundo. De suerte, que solo S. Francisco Javier en sus diez años de apostolado en la India, redujo mas gentes á la Iglesia que las que han separado de ella mas de cien heresiarcas en doscientos años. Finalmente, al mismo tiempo que los increí-

dulos estaban emponzoñando los corazones de muchos insensatos con el veneno infernal de su falsa filosofía, fueron recibidos á la comunión de los fieles por el papa Clemente XIV, los ansiranos, los asirios, los transilvanos, y los persas.

Ve aquí cumplido el vaticinio de Isafas. Dios para consolar á su Iglesia por los daños que habia de recibir de sus enemigos, le dice por boca de este profeta: "Los hijos de los extraños reedificarán tus muros, y sus reyes te servirán."

Conque Felix, la razon y la hombría de bien obligan imperiosamente al hombre mas ciego y mas obstinado, á confesar con ingenuidad, que no es obra del poder humano el establecimiento, la propagacion y la permanencia de una religion que por el espacio de diez y ocho siglos ha sido el blanco de las persecuciones mas furiosas, escitadas por los judios, por los paganos, por los hereges, por los cismáticos y por los apóstatas. Es preciso reconocer en esto la obra del brazo omnipotente de Dios: y es necesario convencerse de que esta religion es verdadera y divina; porque Dios que es la

verdad por esencia, é infinitamente santo, no podía proteger la mentira, el error, ni la falsedad.

Enfureáscanse los impíos cuanto quieran contra el cristianismo: usen de cuantos ardides les sugiera su malicia y su odio contra la Iglesia: que su divino fundador que la ha conservado hasta ahora contra todos los ataques de innumerables enemigos fieros y encarnizados, la ha de conservar hasta la consumacion de los siglos, en cumplimiento de la promesa que le hizo de que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno.

La Iglesia es aquel reino que profetizó Daniel, que sería establecido por el Señor del cielo, y que no se arruinaría eternamente. Sí, eternamente; porque aunque la Iglesia militante ha de acabar al fin de los tiempos, la Iglesia triunfante ha de permanecer eternamente en el cielo, cuyas puertas no se abrirán á los incrédulos que no aspiran á otra felicidad que á la de los brutos en la tierra.

CONVERSACION SESTA.

Fel. Es constante, según confiesan los mismos evangelistas, que la mayor parte de los judíos, especialmente las personas más ilustradas, que eran los sacerdotes, los doctores y los fariseos, no reconocieron á Jesucristo por el Mesías. Esto no hubiera sucedido si en él hubieran hallado las señales y los caracteres con que los profetas anunciaron al Mesías, porque lo esperaban ansiosamente. En efecto, es preciso convenir en que ellos tuvieron razón; porque el Mesías, según los vaticinios, debía presentarse con grandeza y con magestad; y Jesus Nazareno se crió en el taller de un artesano: vivió pobre, y mezclado con la gente más oscura y abatida de la nación; y así si en la creencia de las demás naciones juzgas hallar un fundamento á favor de la divinidad de Jesucristo, yo en-

verdad por esencia, é infinitamente santo, no podía proteger la mentira, el error, ni la falsedad.

Enfureáscanse los impíos cuanto quieran contra el cristianismo: usen de cuantos ardides les sugiera su malicia y su odio contra la Iglesia: que su divino fundador que la ha conservado hasta ahora contra todos los ataques de innumerables enemigos fieros y encarnizados, la ha de conservar hasta la consumacion de los siglos, en cumplimiento de la promesa que le hizo de que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno.

La Iglesia es aquel reino que profetizó Daniel, que sería establecido por el Señor del cielo, y que no se arruinaría eternamente. Sí, eternamente; porque aunque la Iglesia militante ha de acabar al fin de los tiempos, la Iglesia triunfante ha de permanecer eternamente en el cielo, cuyas puertas no se abrirán á los incrédulos que no aspiran á otra felicidad que á la de los brutos en la tierra.

CONVERSACION SESTA.

Fel. Es constante, según confiesan los mismos evangelistas, que la mayor parte de los judíos, especialmente las personas más ilustradas, que eran los sacerdotes, los doctores y los fariseos, no reconocieron á Jesucristo por el Mesías. Esto no hubiera sucedido si en él hubieran hallado las señales y los caracteres con que los profetas anunciaron al Mesías, porque lo esperaban ansiosamente. En efecto, es preciso convenir en que ellos tuvieron razón; porque el Mesías, según los vaticinios, debía presentarse con grandeza y con magestad; y Jesus Nazareno se crió en el taller de un artesano: vivió pobre, y mezclado con la gente más oscura y abatida de la nación; y así si en la creencia de las demás naciones juzgas hallar un fundamento á favor de la divinidad de Jesucristo, yo en-

cuentro en la incredulidad de la nación judía otro mas poderoso en contra de esta divinidad.

Vic. Es necesario que fijemos la consideracion en las circunstancias en que entonces estaban los judios. Habian perdido el cetro y la autoridad soberana: estaban sujetos al imperio romano que los veía con desden y con desprecio: en este estado de opresion y de abatimiento, suspiraban por la libertad y el consuelo: esperaban con ansia al Mesías: sabían que los profetas lo habian llamado rey, señor, poderoso, redentor de Israel, y que dominaría á todas las naciones. ¿Qué sucedió? Que ellos como carnales y terrenos interpretaron estos vaticinios conforme á sus inclinaciones y deseos; y de ahí es, que esperaban que el Mesías sería un guerrero invencible, que con las armas en la mano rompería las cadenas de la servidumbre en que vivian bajo el poder de los romanos, y que sería un conquistador que sujetaría todas las naciones, para que ellos las domináran á todas. Esta opinion, ó mas bien, este sueño lisonjero, estaba estendido no solo entre los ju-

dios, sino en todo el oriente; segun refieren Tácito y Suetonio, escritores gentiles.

Estos títulos que los profetas dieron al Mesías, no se han de entender en un sentido literal, sino en un sentido figurado y espiritual; esto es, que el Mesías sería grande en el orden de la santidad: que sería poderoso, porque con la eficacia de su palabra y de su doctrina, docilitaria y convertiría los corazones: que sería redentor de las almas, librándolas del pecado y del demonio: y que sería rey poderoso que arruinaría la idolatría: que destruiría el imperio de las pasiones y de los vicios: que sujetaría á todas las naciones al yugo suave de su evangelio: y que formaría de todas ellas la monarquía espiritual de su Iglesia.

Fel. Pero ¿como es compatible el estado de pobreza, de humildad, y de abatimiento de Jesucristo, con la gloria y con la magestad que debia tener el Mesías, segun los profetas?

Vic. Aquí se ve la indispensable necesidad de distinguir las dos venidas de Jesucristo, la segunda con toda la grandeza

y gloria que deseaban los judíos y prometen los profetas, y la primera, en un estado de humillación y de abatimiento, como igualmente lo dijeron los mismos profetas. Si los judíos hubieran dado con imparcialidad lo que á cada venida tocaba, no habrían echado menos en la primera lo que solo es propio de la segunda.

Los profetas clarísimamente predijeron que el Mesías había de aparecer en ese estado de pobreza, de humildad y de abatimiento; y de estas circunstancias se desentendieron los judíos, por lo que no es extraño que se fugieran en el Mesías un poder y una grandeza conformes en todo á sus deseos. Pero los cristianos conocemos claramente, que el estado humilde de Jesucristo es compatible con la verdadera grandeza del Mesías, cuyo oficio debía ser de salvador espiritual de los hombres, y no de conquistador ni rey temporal, segun él mismo dijo en presencia de Pilatos: "Mi reino no es de este mundo." Además de esto, Jesus hizo las demostraciones de un poder superior al de todos los conquistadores y reyes del universo; pues ejerció

un poder absoluto sobre la naturaleza, y sobre la muerte, en los milagros que hizo tan raros y tan admirables de que ya hemos hablado.

Fel. No nos cansemos, Victor, las predicciones de los profetas acerca de la magestad y de la gloria del Mesías son tan claras y tan espresas, que de ninguna manera pueden convenirse con un estado de oscuridad y de abatimiento. Esto es tan cierto, que así lo afirman los mismos doctores y padres de la Iglesia. Por consiguiente, Jesus Nazareno no es el verdadero Mesías.

Vic. Atendiendo á las mismas profecías, tu objecion queda deshecha y reducida á polvo. Los profetas anunciaron dos venidas del Mesías: la primera de redentor, que con sus humillaciones, con sus padecimientos, y con su muerte ignominiosa redimiria al mundo: y la segunda, en que ejercerá el oficio de juez supremo de todos los hombres, para justificar su causa á presencia de todo el universo, y dar á cada uno el premio ó el castigo segun sus méritos. Pues todos los caractéres y señales grandiosas que

no convienen al Mesías en el estado de pobreza, de humildad y de abatimiento de su primera venida, le convendrán cuando venga á juzgar á todos los hijos del primer hombre. Entonces se presentará con gran poder, magestad y gloria. Así se lo dijo Jesucristo á sus discípulos, y así lo aseguró delante de los príncipes de los judios en el concilio que formaron para condenarlo á muerte. Por consiguiente, los judios en lugar de haber tenido justicia, cometieron un crimen de que son inescusables, en no haber reconocido á Jesucristo por el Mesías, porque se dejó ver en una condicion pobre y humilde, pues este estado era el que le convenia al Mesías como redentor, según los profetas.

Debo añadir, que la nacion judia estaba dividida en dos facciones, la una era de los fariseos que con su hipocresía la mas refinada se habian conciliado la veneracion de la plebe; y la otra era la de los saduceos que con su doctrina licenciosa se habian grangeado la voluntad de los ricos y de los poderosos. Los primeros se habian declarado enemigos de Jesucristo por inte-

reses temporales que arrastran á los hombres á oponerse á la verdad y á la razon, y á cometer toda clase de perfidias y de delitos; y porque Jesucristo los reprendia públicamente. Los segundos negaban la resurreccion de los muertos, y la inmortalidad del alma; y Jesucristo los habia confundido con sus respuestas, hasta imponerles un total silencio: y en fin, los sacerdotes que temian la ruina de su estado con el establecimiento de la nueva ley. Estas tres clases de hombres gobernados por estos principios, tomaron ocasion para constituirse enemigos de Jesucristo, y para amotinar contra él á la nacion, sobre quien tenian tanto ascendiente. Por lo mismo, no es extraño que hombres de tales procedimientos no reconocieran á Jesucristo por el Mesías; y sí es de admirar, que lo reconocieran muchísimos de los judios, entre los cuales se contaban muchos sacerdotes y personas principales; de modo que la primera Iglesia se formó de los judios. Últimamente, la incredulidad y la reprobacion de los judios (para la que Dios tuvo muy justas causas) estaban profetiza-

das, segun consta por sus mismas escrituras; y por una providencia admirable, ellas han servido para que crean en Jesucristo las demas naciones. Porque si todos los judios hubieran creido, hubieran sido unos testigos sospechosos por ser compatriotas de Jesucristo, y si todos hubieran perecido, no nos hubieran quedado testigos fidedignos de que ya ha venido el Mesias. Decia S. Agustin: "Permanecen, y á cualquiera parte que van llevan consigo los libros que contienen las profecias, para que cotejandose con estos los libros del cristianismo, se vea claramente, que los cristianos no han fingido los vaticinios de los profetas acerca del Mesias, y se vea igualmente, que estas profecias están cumplidas en la persona de Jesucristo. De manera que los judios son los portadores del antiguo testamento, para que crean los cristianos, y ellos sean confundidos.

Para concluir este punto, me parece muy conveniente referir las palabras que el sábio Heydeck, judio convertido al cristianismo, dirige á sus hermanos los demás judios. Dice así:

"Habiendo estado esta nacion casi quinientos años poseida de un sumo horror á

la idolatría, y llena de un celo grande por la honra de Dios en su propio pais y santa ciudad, vino Tito con un ejército romano, quemó el santo templo, derramó la sangre de millares de sus habitantes, y condujo esta nacion hebrea al cautiverio mas grande y mas duro, qual nunca pueblo alguno experimentó.

Estos son los judios que todavía permanecen derramados por toda la tierra ya hace mas de diez y siete siglos, sin rey, sin príncipe, sin gobierno, sin templo, sin altar, sin sacerdocio, sin profetas ni visiones.

En las tierras de su infeliz cautiverio no alcanzan jamás descanso, ni encuentran consuelo. Ellos son el escarnio, el desprecio, y el oprobio de todas las demás naciones.

¿Qué pecado, hermanos míos, qué pecado ha podido causar esta tan grande desgracia al pueblo, que fué ántes el pueblo elegido? ¿Qué culpa ha merecido esta total destruccion? La idolatría, la depravacion de las costumbres, el derramamiento de la sangre de los santos profetas, fueron castigados solamente con setenta años de cautiverio en Babilonia, y esto con señales y

privilegios que anunciaron su breve libertad; pero ésta última destruccion que ya cuenta veinte y cinco veces mas que la de Babilonia, con mucho rigor, sin indicio alguno de libertad, sin consuelo, y que segun podeis conocer, ni hay ni habrá señal de alivio alguno, ni tendrá fin. ¡Oh hermanos míos! os compadezco: mi corazon llora vuestra desgracia: el Dios de Abraham se apartó de vosotros: el Dios de Isaac os cerró las puertas de la misericordia: y el Dios de Jacob se ha declarado contra vosotros. Ahora, ¡oh pueblo infeliz! ahora llamais al Dios de Israel, pero él no oye vuestras oraciones. Considerad, amigos míos, considerad vuestra desgracia. Buscad con atencion sus causas: examinad los profetas: preguntad á los padres: consultad á los ancianos. Ellos pueden informaros de la causa por que Dios se ha alejado de vosotros, y no oye vuestras oraciones. El pecado de Israel, tan grande y tan enorme, es haber vendido al justo por plata: haber levantado sacrilegamente las manos contra el enviado de Dios: haber despreciado la raíz de Jesé: haber ultrajado al Jehová el san-

to de Israel: haber muerto al Mesías, al ungido de Dios. Este es el pecado, ¡oh pueblo infeliz! que os causó estos castigos extraordinarios."

He aquí los sentimientos de un hombre nacido y educado en el judaismo, é imbuido en sus máximas erróneas; pero que empeñado en investigar imparcialmente la verdad, se entregó al estudio y á la reflexión; y Dios, que no niega su gracia á aquel que hace lo que está de su parte, disipó sus tinieblas con la luz de la verdadera fe, y lo convirtió de un judío en un cristiano defensor del cristianismo. ¡Oh si todos los que se hallan apartados del camino de la religion imitaran á Heydeck, y á otros muchos que yo te podría citar, entre los cuales ocupa el lugar preferente el admirable Agustino! que entonces...

Fel. Basta, Victor: tú has hecho el sacrificio de confesarme cubierto de rubor que fuiste mi verdadero enemigo con máscara de amistad cuando corrompiste mi corazon inocente, y fuiste la causa de mis extravios con tus malos consejos y peores ejemplos. Yo, compelido imperiosamente por

la razon y por la gratitud, no puedo menos que confesarte, que ahora me has dado la prueba y el testimonio mas auténtico de una amistad verdadera. Aunque tus discursos fueran falsos y alucinantes, conozco que son hijos de la sinceridad de tu corazón, y del amor que me profesas. Tú me reputas por un hombre desgraciado, y compadecido de mi miseria te empeñas en introducirme por las sendas de la verdadera felicidad. ¡Ah! soy el mas desventurado de todos los hombres. En otro tiempo involuntariamente hacia yo un cotejo de los dias de mi niñez con los de mi juventud: comparaba el amor á la virtud con mis vicios posteriores: mi candor con mi malicia: mi modestia con mi desvergüenza: mi compasion para con los infelices, con mi insensibilidad y mi dureza: y en fin, la piedad de la religion que profesaba, con mi incredulidad. Todo esto causaba en mi conciencia los remordimientos mas crueles y mas devoradores, y escribaba en mi corazón las dudas mas tristes y melancólicas. Me decia yo á mi mismo: si es verdad lo que la religion enseña, hay en Dios una justicia que premia la virtud

y castiga el vicio: y entonces ¿qué será de mí? Vendrá sobre mi cabeza el golpe de una venganza eterna por mis crímenes.

Pero despues me alentaban mis pasiones, y pareciéndome esta reflexion debilidad de espiritu propia de un hombre preocupado y fanático, procuraba revestirme del carácter de fortaleza de un filósofo incrédulo. Solicitaba la paz y la tranquilidad, engolfándome en un oceano de placeres y de deleites sensuales: y en fin, aturdido ya con el tumulto de mis pasiones, iba entrando en sosiego, ó mas bien, en un letargo de insensibilidad.

Pero ahora, por una parte el peso de tus razones inclinan mi entendimiento á que rinda vasallage á la fe, y vuelva á militar bajo las banderas de la religion de que he desertado. Por otra parte, los discursos de los incrédulos que me han parecido tan convincentes, luchan contra esta inclinacion. El camino de la fe me parece mas seguro, pero mas estrecho y mas áspero. Las sendas de la incredulidad me parecen mas peligrosas, pero mas dilatadas y mas halagüeñas á mis sentidos; por lo que yo quiero creer

y no creer, y esta contradicción de pensamientos y de afectos aumenta mis dudas y mis temores, y produce en mi corazón un furor que me impele á arrojar me en los brazos de la desesperacion; porque cerradas para mí las puertas del consuelo, me veré precisado á ser víctima de mi propio despecho, ó de una melancolía funesta que aniquile mi existencia en pocos dias.

Vic. Calla, amado Felix, y da lugar á la reflexion. El remedio de los males no ha de ser otro mal mayor é irremediable. El consuelo no lo debes buscar en la desesperacion. Arrójate en los brazos de un Dios infinitamente bondadoso y clemente, y allí encontrarás todo bien. De tus mismas expresiones me voy á valer para disipar tus dudas, para desvanecer tus temores, y para inspirarte confianza. Con esto volverás al seno de la religion, y conseguirás la felicidad que no te puede producir esa filosofia falsa y ruinosa para sus secuaces.

Tú dices, que tu entendimiento agitado por las dudas que le producen razones contrarias, vacila sobre el partido que

debe abrazar; yo digo, que el de la religion: porque aun en el caso de que hubiera iguales fundamentos á favor de la fe y de la incredulidad, la prudencia aconseja que se abraze el partido mas seguro. Este es el de la fe. Escucha este discurso breve y poderoso que te indiqué al principio de nuestra conversacion. En el caso de creer, ó la religion es verdadera ó es falsa: si es verdadera, te librarás de una desgracia eterna, y serás feliz por infinitos siglos. Si es falsa, ¿qué es lo que vas á perder con tu creencia? Nada; ántes bien vas á lograr muchísimo, si á tu fe se junta la observancia de los preceptos del evangelio: porque serás misericordioso, benéfico, útil á tu patria, honrado, y amado de los hombres: porque es caracter de la virtud ser venerada, y hacerse amable. Esta es la razon por que hasta los mas viciosos, y aun los mismos incrédulos quieren muchas veces ser reputados por virtuosos. Pero en el caso de que no creas; entonces si la religion es verdadera, gravitará sobre tí el peso de una eternidad desgraciada; y si la religion es falsa, ¿qué aventajarás con no

creer? Gozar de los bienes mezquinos, falaces y transitorios con que brinda la filosofía de la incredulidad. Estos son los placeres y los deleites de los sentidos, que en lugar de satisfacer los deseos inmensos del corazón del hombre, le causan una hidropesía que cada día se hace mas insaciable: y como le falta el temor y el amor de Dios, que son los únicos frenos que contienen el bruto de las pasiones, ésta se desboca por los caminos anchurosos del vicio. De ahí es, que el incrédulo es soberbio, orgulloso, impaciente, vengativo, gloton, y deshonesto; coa lo que se hace aborrecible á sus semejantes, y él mismo se aligera los días de su morada sobre la tierra; porque la fiera rabiosa de los vicios, destroza y aniquila cuanto precioso encuentra en el hombre; segun ha enseñado la esperiencia diaria y constante de todos los siglos.

Me dirás, que muchos incrédulos han manifestado en su conducta virtud y arreglo de costumbres; pero yo te responderé, que esa virtud no es verdadera. Ve aquí las dos razones en que me fundo. Los cristianos están convencidos de que han sido

criados por Dios, y destinados á un fin sobrenatural, que es amarlo y servirlo en la vida presente, y despues gozarlo y glorificarlo en las mansiones eternas. Confiesan que son innumerables los beneficios que han recibido de la mano bondadosa de Dios, especialmente el de la redencion, y conocen la necesidad de observar las leyes de Jesucristo, ó por temor de un castigo eterno, ó por la esperanza de un premio infinito; y con todo, ¿cuantos cristianos arrastrados por la corriente impetuosa de las pasiones, viven de tal modo como si nada de esto creyeran? Y muchos de ellos por motivos de honor y por miras particulares, cubren los vicios de su corazón con el velo de la hipocresía. Pues ¿qué será respecto de los incrédulos que no quieren conocer estas obligaciones: que nada temen ni esperan en la eternidad: y que se esfuerzan á persuadirse que no hay otra felicidad que la que consiste en el goce de los placeres carnales, y en los pasatiempos de esta vida terrena?

La otra razon es una prueba concluyente tomada de sus mismos escritos. En

ellos estampan estas máximas inhumanas y detestables: que las madres abandonen á sus hijos recién nacidos, para entregarse libremente á nuevos placeres: que los hijos nada deben á sus madres por haberlos concebido y dado á luz; y que los hijos no están obligados á amar á sus padres, cuando estos se oponen á sus intereses. En estos libros se hallan los elogios del adulterio, del incesto, y de toda clase de obscenidades, y se aplaude como grandeza de ánimo, que el hombre desechado se dé la muerte á sí mismo; y en fin, según los principios de muchos filósofos incrédulos, la felicidad del hombre estriba en andar en cuatro pies como las bestias, esparcidos por las selvas.

Estos son los grandes filósofos, los preocupados, los maestros de todos los hombres, y los genios bienhechores de todo el género humano que siempre tienen en su boca las palabras felicidad, patriotismo, humanidad, y filantropía; pero cuyas obras son opuestas diametralmente al sentido verdadero de estas voces, y cuya soberbia monstruosa los hace despreciadores de todos los que no convienen con sus sistemas:

creyendo hacer honra excesiva con dar los títulos de ignorantes, de preocupados, de fanáticos y de supersticiosos á todos los que han hecho y hacen profesion del cristianismo. ¡Ah que filósofos tan envidiables, pues para ellos solos estaba reservado el conocimiento de la verdad, y el privilegio esclusivo de discurrir y de saber!

Por no molestarte no quiero hacer mencion de sus folletos llenos de insultos y de blasfemias horrendas contra Dios y su religion, cuyo culto está establecido como ley fundamental de muchos reinos y estados en que residen: del empeño en hacer despreciables y odiosas las autoridades, especialmente eclesiásticas: de sus libros, pinturas y estampas lascivas, impúdicas é infames: y finalmente, de su falta de política y de cortesía en las concurrencias, afligiendo é irritando á los cristianos con disputas, desprecios, sarcasmos, ironías, bufonadas, y chistes contra la religion, contra la Iglesia, y contra sus ministros.

Todo esto prueba, que los incrédulos ni son buenos ciudadanos, ni son buenos amigos; y que así son una peste mortífe-

ra en todos los lugares que viven: por lo que todos los gobiernos deben aplicar los remedios eficaces contra este contagio ponzoñoso. Yo de mi parte les daría un consejo á estos señores filósofos, que creo no deben despreciar, y es: que supuesto que reputan por bárbaros, insociables, y enemigos á todos los que no siguen su partido, y que no habiendo reino ni república en todo el universo, en que no se profese alguna religion, ó ya verdadera, ó ya falsa, se quiten de disgustos é incomodidades, reuniéndose todos ellos para ir á habitar á una isla desierta en donde gocen placenteramente de esa felicidad imponderable y tan decantada con que nos brindan; que nosotros quedaremos por acá sin quererla disfrutar, y desde lejos les daremos las gracias mas espresivas por la compasion con que nos miran como á indóciles, que no queriendo ser iluminados con las luces brillantes de su filosofia, estamos tan bien hallados en nuestro fanatismo, nuestras ranciedades y nuestras preocupaciones. De este modo todos viviremos en paz.

Amigo amadísimo: bien sabes que es-

tas no son unas imputaciones. Una experiencia desgraciada nos ha enseñado estas verdades: nosotros somos testigos irrecusables en la materia: confesémoslo pues ingenuamente, que la confesion del que detesta su error es honorífica y gloriosa. Llegue finalmente el dia venturoso en que dando un eterno á dios á esa filosofia enemiga del hombre, se disipen tus tinieblas con la luz apacible del evangelio.

Qué, ¿me acompañará hasta el sepulcro el desconsuelo y la pena de que á mi mayor amigo lo dejo sumergido en un laberinto de engaños y de errores, que le producirán una desventura eterna? No será así: yo tengo depositada toda mi confianza en Jesucristo, que te ha de dispensar una mirada de misericordia... Pero qué, ¿te enterneces? ¿suspiras, y te cubres de rubor? ¡Oh! ¿no puedo significarte cuanto es el gozo de que se inunda mi espíritu, al ver retratadas en tu semblante la confusion y la ternura! Estos son presagios felices de un arrepentimiento sincero. Aquí está obrando visiblemente la mano misericordiosa del Salvador. Ayudado de su gracia voy á dar

la última perfeccion á esta obra, de que su magestad es el autor, y yo el instrumento,

Hagamos unas breves reflexiones sobre la muerte del cristiano, y sobre el fin del incrédulo. El cristiano, si es virtuoso, mira los últimos momentos de su vida como el término de la peregrinacion y del destierro, en que vivia continuamente gimiendo: no siente dejar un mundo que lisonjea y encanta con sus placeres y sus diversiones; porque ya desde ántes lo habia abandonado con la voluntad, viviendo en él como si estuviera muerto. Los dolores de su enfermedad los suaviza y alivia la providencia divina con el bálsamo de la religion, que le comunica fortaleza, paciencia, y constancia. Conoce que la carrera de su padecer es breve, y espera fundadamente que se ha de concluir en las puertas de una patria bienaventurada, en donde gozará perfectamente de aquel Dios, de aquel sumo bien, que fué el objeto de todo su amor y de todas sus delicias: por quien suspiraba noche y dia; y en fin, se despide de la tierra como de una region de desgracias y de llanto, en que á cada paso veía un pe-

ligro de perder á Dios, y de perderse á sí mismo eternamente.

Si el cristiano es pecador, cuando se ve próximo á recibir el golpe inevitable de la muerte, y á dar el salto terrible del tiempo á la eternidad, es cierto que sus culpas lo aterran y lo confunden, y la memoria de su ingratitud á los beneficios innumerables de que lo colmó la mano de un Dios bondadoso, le hacen temer hallar en la persona de su salvador á su juez justo, irritado, y omnipotente. Conoce que es indigno de la clemencia divina, y solo es merecedor de un suplicio eterno; pero en este abatimiento y desconsuelo viene en su auxilio la fe que aun conserva; le persuade que la misericordia de Dios escede infinitamente á toda iniquidad. La esperanza lo alienta á que confie en el redentor, cuya sangre tiene virtud y eficacia para purificar de la mancha horrorosa del pecado á todo el mundo; y finalmente, la Iglesia, como madre caritativa, le administra los sacramentos para la justificacion de su alma, y le presta todos sus auxilios por medio de sus ministros, que bendiciéndole

los últimos suspiros, le acompañan hasta el sepulcro.

Pero ¿qué diremos del impío miserable que lleva su incredulidad hasta las puertas de su postrera habitacion? Desde el lecho en que en él eshala sus últimos alientos, comienzan las penas de aquel abismo horrible en que se va á sumergir para siempre. No faltan al rededor del incrédulo moribundo llamas voraces y furias vengadoras. ¡Ah! ¿qué espanto y qué horror se apoderan del corazon de este infeliz, al verse entregado en manos de los mas crueles verdugos el dolor y la culpa! Él se halla enmedio de un desierto silencioso en que le acompañan la tristeza y la amargura: la luz opaca de su razon se va oscureciendo á proporcion que se aumentan la lobreguez y las tinieblas de la muerte: un terror fiero lo aflige y lo consterna al sentir que se va hundiendo entre sus pies el mundo á que estuvo tan asido y tan apegado, porque en él pretendia hallar su única y verdadera bienaventuranza: viene por último el desengaño á desvanecer todo el hechizo que le tenia tan encantado. Atormen-

tado de tantos males y aficciones, ¿encontrará algun consuelo en el tiempo pasado? De ninguna manera: porque los dias de diversion, de placer y de contento, ya desaparecieron como una sombra. ¿Hallará acaso el alivio en la situacion presente? ¡Ah! que esta es sobradamente miserable. Él se ve postrado en el lecho del dolor, lánguido, desfallecido, y gimiendo bajo el azote del remordimiento mas cruel: él está como un náufrago tendido en la orilla estrecha, que separa el tiempo de la eternidad, y al mas ligero empuje de la mano de la muerte va á sumergirse en la profundidad de aquel oceano insondable. Pero ¿en la memoria de lo futuro se le presentará alguna imágen de consuelo? Mucho menos: porque el pensamiento de la suerte que le espera consuma la obra de su desesperacion. Si él aun insiste en persuadirse que su alma perece juntamente con su cuerpo, cree que va á sepultarse en el abismo de la nada: pero si la razon natural y su mi-ma conciencia le reclaman, manifestándole la inmortalidad de su alma, teme fundadamente entrar en la eternidad, en don-

de un juez omnipotente está preparado para tomar de él la venganza mas formidable: de modo, que este desventurado en situacion tan lamentable, no reconoce otros términos que la nada, ó el infierno.

¡Oh filosofía de la incredulidad inhumana y bárbara, que niegas á tus secuaces todo consuelo en el caso de mayor angustia y necesidad, y solo derramas sobre su corazón consternado el cáliz de la tribulacion y de la amargura! Pero ¡oh religion benéfica y amable! que á los que te profesan les franqueas los tesoros de la consolacion en la vida y en la muerte, y los animas con la esperanza de unos bienes infinitos y eternos: porque sola tú.....

Fel. Ya no te fatigas, Victor amadísimo: el entendimiento mas encaprichado es fuerza que se rinda al peso de tantas razones. El orgullo propio de un incrédulo, me inspiraba aquella necia fortaleza de ánimo que tanto se empeñan en ostentar los partidarios de la falsa filosofía; é imponia un sello á mis labios, para que no hiciese yo una confesion ingenua de la verdad de la religion cristiana, á vista de los fun-

damentos solidísimos que me has alegado. La luz de la verdad, por mucho tiempo que se tenga aprisionada, es á manera de un fuego encerrado en la concabidad de una roca, que al fin viene á reventar para que sus llamas resplandezcan victoriosamente. Tú me has dicho que ya no eres el antiguo Victor, y yo te aseguro sinceramente que yo no soy ya el antiguo Felix. ¡Oh momento feliz el presente en que comienzo á detestar los delirios y los errores de la incredulidad, y á desear ansiosamente entrar de nuevo en el seno del cristianismo, de que habia apostatado tan criminalmente!

Vic. ¿Es sueño, ó es realidad lo que estoy oyendo? Qué, ¿seré yo tan dichoso que vea volverse á alistar bajo las banderas del rey inmortal de los siglos, del Dios crucificado, al mas amado de mis amigos, al desgraciado Felix, á quien yo estravié del camino de la verdadera felicidad, haciéndolo desertar de la milicia de la religion?

Fel. Sí, Victor, mientras mas te has ido empeñando con caridad y con eficacia en convencerme y en instruirme, ha ido creciendo en mi corazón el desafecto y aun

el odio á la incredulidad. Mi conciencia incessantemente me acusa y me reclama. En nada de cuanto antes me lisonjaba hallo alegría ni reposo. Son poderosos los impulsos que me inclinan á que vuelva á entrar en el gremio de la Iglesia; y cuando quiero ceder á estas inclinaciones, la vista de mis maldades me desalienta, y me retrae, diciéndome yo á mí mismo: Felix, ¿cómo podrás hallar clemencia en un Dios cuyo santo nombre has blasfemado tantas veces? Pero luego se me presenta á la memoria la conversion de Pablo, que de perseguidor acérrimo de la Iglesia lo constituyó Jesucristo en apóstol de las gentes; y que de Agustino herege maniqueo hizo el mas célebre defensor de esta misma Iglesia. En esta ocurrencia consoladora me sentia yo animar de una confianza segura en la misericordia de Dios; esta confianza calmaba mis inquietudes, y me anunciaba la felicidad porque tanto suspiraba mi corazon, y que no habia podido hallar en el goze de los placeres sensuales. Por tanto, Victor mi amigo, mi bienhechor y mi padre, inúndese tu corazon en gozo y alegría, pues has

logrado el fruto de tus trabajos en reducir al camino de la verdad á un infeliz extraviado, que corria velozmente por las sendas de la falsedad y del error, que conducen á una desventura eterna.

Figúrate, Victor, á un hombre que extraviado del camino que llevaba, es sorprendido por las tinieblas de la noche en un monte espeso, y que ya fatigado se arroja á descansar tranquilamente en el regazo de un sueño lisonjero; pero que asomando el sol su semblante risueño por los balcones del oriente, le da con sus resplandores en los ojos, y que él abriéndolos, ve que multitud de fieras y de animales ponzoñosos que lo rodeaban se retiran precipitadamente á sus cavernas. ¿Quién podrá significar el gozo y la satisfaccion de este hombre, al verse libre del inminente peligro en que se hallaba sin conocerlo?

Pues á este modo, habiendo iluminado la luz del Redentor las tinieblas de la incredulidad con que me cubrí en los extravios de mi vida licenciosa, conozco con alegría que me he librado de tantas fieras y animales ponzoñosos cuantos eran los er-

rores con que reposaba en el letargo mas profundo. Ahora que me he desnudado del afecto ciego á los maestros de la impiedad, me convenzo de la verdad de tus aserciones acerca de sus inconsecuencias y de sus contradicciones, y quiero añadir á las que me has referido algunas muy sustanciales.

Voltaire, hablando de Rousseau, dice: "Que es un cierto personaje que ha hecho muchas de las suyas: que es un tunante, un salvaje, un charlatan, un loco de aldea, un hipócrita, un enemigo del género humano, un sombrío energúmeno cubierto de orgullo y devorado de rabia: un impío, un ateísta, un hombre sin fe y sin religion, que merecia estar colgado en la horca por haber compuesto libros abominables: que tres veces ha mudado de secta: que se ha hecho arrojar de todas partes en donde se ha presentado: que es un razonador absurdo, que habiendo impreso bajo su nombre algunas majaderías contra Jesucristo, ha impreso tambien en el mismo libelo, que *Jesucristo murió como un Dios*: que es un calumniador, y puesto como tal á las es-

quinas por una declaracion pública del plenipotenciario de Francia, de Zurich, y de Bernad en 25 de Julio de 1766."

¿Qué dirán los incrédulos de esta calificación tan honorífica de un hombre á quien veneran como á un oráculo? Pues ella está hecha por su grande patriarca. ¿Será extraño que Voltaire sea tan rabioso con los cristianos, cuando es tan atroz con su mismo compañero y hermano en la impiedad y en la irreligion? Este hombre en el asunto sério y grave de la religion usa de bufonadas, de chocarrerías y de sátiras. Decia Rousseau: "el ridículo á nuestros ojos no es mas que la razon de los necios," y aun D' Alambert, amigo y discípulo de Voltaire, dijo: "La sátira hiere el buen gusto, descubre un espíritu falso, un corazon corrompido, y una alma maléfica."

El incrédulo Baile, hablando del sistema impío de Espinosa, dice: "Un buen espíritu querría mas cabar la tierra con las uñas, que admitir una hipótesis tan absurda." ®

Se observa que los incrédulos dicen con arrogancia, como yo por desgracia de-

cia: que solos los espíritus débiles, apocados é ignorantes, creen que la religion es obra de Dios; y al mismo tiempo oimos decir á D' Alembert estas palabras: "Se podría fácilmente hacer la lista de los hombres grandes que han mirado la religion como la obra de Dios: lista capaz de conmovier aun ántes del exámen á los mejores espíritus; pero á lo menos suficiente para imponer silencio á un monton de conjurados enemigos impotentes de algunas verdades necesarias á los hombres, que Pascal defendió, Newton creyó, y que Descartes respetó."

Siendo evidente que la religion cristiana reprueba el fanatismo y la supersticion, los impíos descaradamente insultan á los cristianos por su creencia con los epítetos de fanáticos y supersticiosos; pero un enciclopedista hizo esta confesion ingenua: "El fanatismo es el vicio de los particulares, y no del cristianismo, que por su naturaleza dista igualmente de los furores del fanatismo, y de los temores imbéciles de la supersticion." Voltaire dice: "Es preciso amar la religion á pesar de las supersticio-

nes y del fanatismo que la deshonoran; como lo es amar la sociedad cuyas dulzuras corrompen tantos hombres malos."

Los incrédulos pretenden esterminar el cristianismo, porque dicen, que es perjudicial y ruinoso á los estados; pero su gran maestro Rousseau dice: "Ningun bien se puede hacer por principios de filosofia, que no lo haga mejor la religion; y la religion hace muchos que la filosofia no sabe hacer." Dijo Voltaire: "En el seno del cristianismo se hallan las almas mas puras y mas grandes." En otro lugar: "La religion es el solo, ó el mas seguro garante que se puede tener de la providad de los hombres." Y en otra parte dice: "El buen pueblo cree en Dios, y adora á Jesucristo: el razonador soberbio desconoce á Dios en la naturaleza, y le blasfema en la religion de la cual es autor." Con estas palabras se condenó á sí mismo este hombre ciego que tanto blasfemó de la religion y de su autor divino.

Me ocurre hacer un paralelo entre el cristiano y el incrédulo, con las mismas expresiones de los doctores de la impiedad.

Rousseau dice: "¿Qué argumento contra el incrédulo la vida de un cristiano! ¿Habrá quien se le resista? ¿Qué cuadro para su corazón, cuando sus amigos, sus hijos y su esposa concurren á instruirle edificándole! Cuando sin predicarle á Dios con sus discursos, se le enseña en las acciones que inspira, en la virtud de que es autor, y en el encanto que hay en agradarle: cuando ve brillar en su casa la imágen del cielo: cuando una vez cada día se verá obligado á decirse: "No, el hombre no es así por sí mismo, aquí hay alguna cosa sobrehumana." Y D' Alembert hablando de los incrédulos, dice: "Son mas dignos de compasión que de ira. Estos impíos, únicamente por aire, moda ó ligereza, están bien caracterizados por Boyleau, que los llama *nécios enemigos de Dios*. Incapaces aun de una mala lógica, tratan de ser peores de lo que pueden, queriendo mas parecer incrédulos que serlo: el error en ellos es menos una desgracia, que una tontería ó necedad."

Finalmente, lo que á mi parecer manifiesta mas la ceguedad y la obstinacion de los principales corifeos de la incredu-

lidad, es el juicio que hacen de sí mismos. Dice Voltaire: "Jóvenes ó viejos no tenemos mas que un momento, ¡hay! ¿en qué se emplea? Yo he perdido el tiempo de mi existencia en componer un enorme fárrago de libros, la mitad de los cuales no debieron salir á la luz jamas."

Juan Jacobo Rousseau dijo de sí mismo con tanta razon como verdad: "Decir, y probar igualmente el pro y el contra, persuadirlo todo y no creer nada, fué en todo tiempo la diversion favorita de mi espíritu. No miro ninguno de mis libros sin estremecerme. En lugar de instruir corrompo: en lugar de alimentar enveneno; pero la pasion me descartía, y con todos mis bellos discursos yo no soy mas que un malvado."

En conclusion, Victor, yo espero que tu amor y tu conmiseracion no pararán aquí; sino que continuarán hasta la consumacion de la obra. Yo te prometo la mayor docilidad á tus instrucciones, á fin de que mi conversion á Jesucristo sea perfecta.

Vic. Este redentor amable ha sido el autor de esta obra digna de su misericordia

y de su omnipotencia. Yo le rendiré las gracias mas cordiales porque me eligió por instrumento de la reduccion de un amigo, en cuyos extravíos yo tuve tanto influjo. Influjo que ha arrancado de mis ojos lágrimas amargas y abundantes.

Jamás, Felix amadisimo, cesaré de bendecir al Dios cuya mano omnipotente y misericordiosa nos sacó del abismo de aquellas tinieblas horrorosas en que yaciamos sepultados. Ahora que la claridad de su gracia ha disipado las sombras que nos ofuscaban, debemos detestar el hechizo que tanto amabamos, y debemos avergonzarnos de lo que en otro tiempo haciamos vanidad. Ahora que se ha abierto la nube espesa que nos tenia sumergidos en la noche de los vicios y de la incredulidad, aprovechémonos de la luz hermosa con que nos ilumina tan benignamente el sol de la clemencia divina. No digámos a nuestro redentor que nos busca con misericordia, que aguarde hasta mañana. Postrados en el polvo de que fuimos formados, digámosle en el día de hoy con un corazon agradecido y penetrado de dolor: Dios inmortal, Dios eterno é inmuta-

ble, cuyo ser inmenso llena los espacios de los cielos y de la tierra, y cuyo brazo todopoderoso nos sacó del caos de la nada. Ante tu trono soberano doblan la rodilla estas dos criaturas tuyas rendidas y humilladas. Pero qué, Señor ¿reconoceremos en nosotros la hechura de tus manos? ¿Acaso tú has formado este corazon perverso que se ha constituido el asilo del vicio y de la iniquidad? No, Señor, otro fué el que tú criaste. ¡Ah! que la mano atrevida y sacrilega del crimen ha borrado de nuestra alma la imágen divina que tu bondad esculpíó en ella.

El fuego voraz de los deleites sensuales consumió en nuestro corazon la semilla de todas las virtudes, hasta secar su raiz que es la fe, que tú hiciste nacer en el sacramento de la regeneracion.

No contentos con esto, marchábamos contra tí á la frente de tus enemigos, y te acometiamos temerarios con las armas de los delitos. Nosotros haciamos de nuestras tinieblas y de nuestra obstinacion un valuarte para resistir las saetas de tu misericordia. Tú veías esto, Señor, y en lugar

de descargar tu brazo omnipotente para destruirnos, lo has ejercitado en ablandar la dureza de nuestro corazón.

Despechado yo por el furor que me inspiraba la incredulidad, intenté privarme de la vida temporal, y al ir á entrar por las puertas de la muerte eterna, se me abrieron las de tu misericordia para recibirme: cuando ya iba á caer en la profundidad del abismo, estendiste tu mano paternal que me levantó hasta el seno de tu bondad. Tú, Señor, fijaste tus ojos compasivos sobre el miserable Felix, que corria velozmente por las sendas dilatadas de la perdición: lo detuviste en los estravíos de su carrera criminal: y te serviste de mí para reducirlo al camino recto de la verdad, haciendo ostentacion del poder de tu clemencia en su conversion y en la debilidad del instrumento. Esto conocemos, esto confesámos, ¿y aun permaneceremos insensibles? Si nuestros crímenes han endurecido nuestro corazón, y han cerrado los conductos de las lágrimas, resplandezca tu benignidad en estas hechuras de tu omnipotencia, y en estos cautivos que redi-

miste con el precio infinito de tu sangre. Convierte nuestro corazón en un torrente de lágrimas, que corran con abundancia por nuestros ojos delincuentes. Dáale movimiento eficaz á nuestra lengua para que convide á todas las criaturas del universo á cantar eternamente el triunfo glorioso que tu misericordia ha conseguido sobre dos corazones perversos y obstinados.

Fel. Yo confieso con júbilo de mi corazón, que estoy mas obligado á dar gracias muy afectuosas á Jesucristo, pastor amante de las almas, por haber reducido á esta oveja descarriada al rebaño de su Iglesia.

Padres de familia y jóvenes incautos, á vosotros dirige la palabra con la ternura y efusiones de un corazón amante, y deseoso de vuestros verdaderos intereses, un hombre que ha aprendido lecciones muy interesantes en la escuela de la esperiencia. Yo nací en el seno del cristianismo, de unos padres que me pusieron bajo la direccion de maestros sábios y piadosos, para que me instruyesen en las obligaciones que me impone la religion. Siendo ya jó-

ven, advertí, que mis padres, por una fatalidad de nuestros tiempos desgraciados, empezaron á conformarse con la moda reinante de leer indistintamente toda clase de libros, aun los que impugnan sacrilegamente la religion de Jesucristo. Por lo mismo comenzaron á destertarse de mi casa los actos de piedad, y el órden regular de cosas. De aquí es, que yo empecé á traspasar los límites de la modestia y de la compostura de acciones en que me habian educado, y me dediqué con el mal ejemplo á una multitud de necedades que son del estilo del mundo; y á proporcion del desórden de la familia, yo me iba desreglando. Muchos que advertian con dolor la variacion de la conducta de mis padres, y la profusion y prodigalidad de sus bienes, temian que algun dia volviera yo de sus exequias reducido á vagar por las puertas de la mendicidad y aun del delito por alimentarme. En fin, yo quedé heredero mas de sus vicios, que de sus riquezas, las que consumi en breves dias en el desahogo de las pasiones mas criminales y vergonzosas. El apetito insaciable de deleites sensua-

les, el afecto á las novedades, la curiosidad imprudente, el empeño de entrar en la moda del dia, el deseo de representar en las tertulias el papel de erúdito, la inclinacion á hacerme singular en mis opiniones, el amor á los elogios, y la comunicacion con hombres libres en su modo de pensar y de hablar, me compeliéron á solicitar con ansia los libros de la falsa filosofia que habia visto leer á mis padres, y habia oido celebrar con encarecimiento á personas apasionadas, de costumbres corrompidas é irreligiosas. Los leí con placer y con satisfaccion, porque como están adornados con las flores de una elecuencia alhagüeña, y forjados con un artificio seductor, me parecian unos soles resplandores de sabiduria: y como tambien su inmoralidad y espíritu licencioso tanto lisonjaban mis pasiones, muy breve me declaré por el partido de la incredulidad.

Estas causas que he referido, son las que influyen en la apostasia de la religion, y que vuelven impíos y blasfemos á multitud de infelices.

Los incrédulos aseguran, que no creen los misterios y dogmas del cristianismo, porque son incomprensibles y repugnantes á la razon. Este es un pretesto falso. Lo que á ellos les incomoda es la santidad de la religion; de manera que ellos se obligarian gustosamente á creer mil artículos mas de los que enseña la fe, con tal que se les dispensase de la observancia de los preceptos.

Porque de ser cristianos se ven en la obligacion de observar los preceptos del evangelio; ó de lo contrario vivir acosados de los remordimientos de una conciencia culpada, y de los temores de las penas eternas, que tanto turban el reposo que los pecadores pretenden hallar en los vicios. De aquí es, que para gozar tranquilamente de los placeres prohibidos, se esfuerzan á no creer la inmortalidad del alma, y la existencia del infierno: pero como estas verdades están estrechamente enlazadas con las demas de la religion, ellos se constituyen en la infeliz necesidad de negarlas todas; persuadiéndose falsamente que en el regazo de la incredulidad vivirán placenteros y

contentos con la posesion de la felicidad brutal, por que tanto suspira su corazon corrompido.

Por tanto, padres de familia, no omitais diligencia para instruir á vuestros hijos en los principios fundamentales de la religion; porque si en otro tiempo en que los fieles estaban en posesion pacífica de su fe, le bastaba á un niño un catecismo de la doctrina cristiana para saber lo que le obligaba creer; en los días desventurados en que vivimos es necesario que esté impuesto en los motivos de su creencia, que le sirvan de armas con que defenderse contra los enemigos de la religion, que ponen en movimiento todos los resortes de su astucia y de su malicia, para despojar á los cristianos del tesoro inestimable de la fe.

Y vosotros, jóvenes amados, en quienes la iglesia y el estado tiene depositada toda su esperanza, escarmentad en mí. Grabad altamente en vuestros corazones las causas de mi apostasia del cristianismo. Sed agradecidos al Dios bondadoso y benéfico por el don preciosísimo de su fe divina;

la que ciertamente perderéis si vuestras costumbres fueren desregladas, si tratáreis con hombres irreligiosos é incrédulos, y si leyereis esos libros que destilan la ponzoña de la impiedad, que causa imponderables desgracias temporales y eternas. Pero vosotros sereis verdaderamente felices, si vuestras obras virtuosas fueren conformes á vuestra fe; porque recibireis aquel premio infinito y eterno que el Dios remunerador tiene preparado para los que creen en él, y le aman de corazón.

CONCLUSION.

Desde el principio del mundo todas las naciones y todos los pueblos han creído la existencia de Dios; y aunque las pasiones y los vicios los hayan estraviado del conocimiento del verdadero, la razon natural les ha persuadido que deben honrar á la divinidad, y tributarle culto. De aquí es, que todos los pueblos ilustrados ó ignorantes, civilizados ó bárbaros, han profesado una religion: y la verdadera ha ido atra-

vesando victoriosamente la série dilatada de todos los siglos. Ella se conservó entre los judios hasta que vino el Mesias que es Jesucristo, que se presentó en la tierra en cumplimiento de las promesas divinas, y con todas las señales y los caracteres con que lo anunciaron los profetas.

Jesucristo enseñó está religion con su palabra, con su vida santísima, y con los milagros que obró. Sus discípulos la predicaron despues á todas las gentes, la propagaron por todo el universo, y la confirmaron con sus virtudes esclarecidas, con los prodigios maravillosos que hicieron á nombre de su maestro omnipotente, y con su sangre con que voluntariamente matizaron los suplicios mas crueles. Despues con el sacrificio de su vida dieron un testimonio auténtico de la verdad del cristianismo once millones de mártires en los tres primeros siglos de la Iglesia, y los innumerables que ha habido en los tiempos posteriores.

Esta religion que ha sido reconocida por verdadera en todos los siglos, y que ha sido amada y defendida por tantos hombres de sabiduría admirable y de virtud

ejemplar, es el blanco del odio mas rabioso de algunos hombres corrompidos, y devorados de una soberbia que no reconoce límites. Ellos están empeñados tenazmente en levantar sobre las ruinas del cristianismo el edificio de una filosofía falsa, depravada é inhumana. Ellos, es verdad, han conseguido el triunfo sobre corazones ya dispuestos de muchos ignorantes é insensatos; pero ¿cómo lograrán lo que no han podido conseguir en diez y ocho siglos los filósofos ilustrados de Grecia y de Roma, los judíos, los paganos, los príncipes, los reyes, y los emperadores que estaban sentados sobre el trono del universo?

Por último: los incrédulos atropellan é infringen la ley primera y fundamental de los estados católicos, que es el culto de la religión. Pues yo los cito ante el tribunal de la razón, y elijo por su fiscal á un hombre de toda su confianza. Este es su grande maestro y oráculo Juan Jacobo Rousseau: veamos cual es su pedimento. Dice en el *contrato social*: "Si alguno despues de haber reconocido los dogmas que la nacion cree, obra como si no los creyera, sea cas-

tigado de muerte, pues ha cometido el mayor de los delitos, ha mentido á presencia de las leyes."

Yo no pido tanto; pero sí pido, que se sujeten á esta ley fundamental del estado; pues ellos mismos convienen en que todo ciudadano debe sujetarse á las leyes: pido que no perturben el orden público: y que pues se jactan de ser justos, no intenten despojar á los cristianos del bien que mas aman y aprecian, que es la religión: y pido tambien al Dios misericordioso, los convierta, y los haga eternamente felices.

Sí, todos los cristianos animados del espíritu del evangelio que es la caridad, debemos tocar con nuestros ruegos á las puertas de la divina propiciacion, para que se abran á estos infelices. S. Pablo exortaba á los cristianos á hacer oracion por los reyes y emperadores de aquellos tiempos, que eran perseguidores de la Iglesia, y nuestro Redentor murió hasta por sus mismos verdugos, y pidió el perdón para ellos.

FIN.

<u>Pág.</u>	<u>Lin.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Debe decir.</u>
1 ^a . Dedi-			
catória ..	4.....	á ellas.....	á ella.
3 ^a . Pró-		desarregla-	
logo.....	9.....	dos.....	desreglados.
8.....	11.....	indisplecen-	
		cia.....	displicencia.
20.....	26.....	daquirir.....	adquirir.
29.....	9.....	eo un.....	en un.
37.....	4.....	teritorio ...	territorio.
47.....	10.....	todas partes	todas sus partes.
57.....	1.....	discipulos...	y sus discipulos.
57.....	2.....	es el Mesias.	él es el Mesias.
75.....	12.....	y y.....	y.
115.....	23.....	Jesucirsto ..	Jesucristo.
119.....	14.....	las astucia...	la astucia.
132.....	11.....	prsuianos ...	prusianos.

ADVERTENCIAS.

1^a. En la pág. 47 al pie se puso el *sus* que falta en la lín. 10; como se lee en las erratas.

2^a. Aunque en el orden de numeracion se pasa de la pág. 134 á la 137, no por eso falta foja alguna, ni se varia el sentido.

*Josepua que
seguir de la vieja
dormir y comer*

BR121

A2

132889

AUTOR

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD DE BIBLIOTECAS

